X

Certamen Literario Ser Madrid Sur

SER VAMPIROS

80 años de Drácula en español

www.diegodoblas.com

X Certamen Literario

Cadena SER

Madrid Sur

2014 / 2015

Portada:

Diego Doblas © (http://diego-doblas.blogspot.com.es/)

Maquetación:

Cadena SER Madrid Sur (http://www.sermadridsur.com/)

Chema Contreras (http://www.josemcontreras.es)

Índice

NOTA DE LA EMISORA 6
PATROCINADORES Y COLABORADORES 12
CATEGORÍA DE ADULTOS 14
PRIMER PREMIO –VARGHULF– 16
SEGUNDO PREMIO –LA LUNA DE MAKALUX– 34
TERCER PREMIO –SOLO ES UN PÁJARO– 52
FINALISTA –RUNDRAC:/ULA.EXE– 62
FINALISTA –SANGRE PARA DOS– 72
FINALISTA –AL SERVICIO DE SU MAJESTAD– 82
CATEGORÍA JUVENIL 96
PRIMER PREMIO –DONDE DUERMEN LAS MARIONETAS– 98
FINALISTA –SU VÍCTIMA PREFERIDA– 108
FINALISTA –VAMPIROS ONÍRICOS– 122
CATEGORÍA INFANTIL 138
PRIMER PREMIO –EL VAMPIRO SIN ALAS– 140

NOTA DE LA EMISORA

Cumplimos 10 años desde que nació nuestro Certamen Literario y lo hacemos con más ilusión que nunca por continuar una labor que nació para impulsar y promover nuevos talentos en el ámbito de la cultura y la literatura en el sur de Madrid y que, poco a poco, ha ido ampliando sus fronteras hasta cubrir todo el ámbito regional y recibir obras de prácticamente todo el territorio nacional e incluso de otros países hispanohablantes cuyos autores, gracias a su vinculación con la Comunidad de Madrid, disponen de un carné de usuario de cualquier biblioteca pública de la región o un carné de estudiante de la UNED, de la mano de quienes hemos ido ampliando el radio de acción de nuestra humilde convocatoria nacida en el sur de la región.

Esta X edición de nuestro Certamen Literario, ***"SER Vampiros, 80 Años de Drácula en Español",*** ha querido rendir homenaje al 80 aniversario de la publicación en español de la novela editada en 1897 por el irlandés Bram Stoker y origen de las leyendas vampíricas, una temática que ha motivado un record de participantes y, por

consiguiente, un excelente nivel de calidad en los relatos recibidos y seleccionados.

Sirvan estas breves palabras para agradecer de nuevo la labor de todas las organizaciones y entidades que han hecho posible, como en los últimos 10 años, la organización de esta convocatoria que recoge el fruto de la imaginación, la creatividad y el trabajo de cientos de oyentes de SER Madrid Sur y el apoyo de numerosas firmas comerciales y Ayuntamientos sin cuya colaboración, esta cita cultural no sería posible.

Como cada año, el Certamen nace y concluye en el sur de Madrid gracias al apoyo del ***Centro Comercial Plaza Loranca 2*** y, en especial, de su gerente ***Joaquín Fuentes***, firme defensor de esta convocatoria durante los últimos años e impulsor del compromiso con la cultura de esta entidad con la creación del ***Premio Plaza Loranca 2*** en la categoría de adultos que ha permitido dotar de un innegable atractivo al principal premio de nuestro Certamen.

También especial reconocimiento a www.TiendaAira.com y a su director, ***Angel Rodríguez*** que, desde el primer momento, decidió respaldar esta iniciativa como una de las principales actividades en defensa de la difusión de la cultura de su empresa,

dotando con el ***Premio Aira.com*** a la categoría juvenil con interesantes regalos.

Esencial fomentar el placer por la lectura y la escritura entre los más pequeños gracias al innegable atractivo del ***Premio Juguettos*** en la categoría infantil que, desde sus distintas delegaciones en Fuenlabrada, Leganés Arroyomolinos y Majadahonda ha vuelto a apoyar esta categoría con un fantástico cheque regalo de 300 € en juguetes.

Decisivo también el apoyo de ***Parque Warner Madrid*** y de las distintas editoriales ***("Hidra" "Maeva", "Maeva Young", "Imagine Ediciones", "Gigamesh"*** y ***"La Factoría de Ideas")*** cuya aportación hace posible motivar a los finalistas de cada categoría para que sigan escribiendo y consigan alcanzar los primeros puestos en las siguientes ediciones.

Y por último, fundamental la colaboración de Ayuntamientos como ***Fuenlabrada, Getafe, Leganés, Ciempozuelos, Pinto, Torrejón de la Calzada, Torrejón de Velasco, Cubas de la Sagra y San Martín de la Vega***, entre otros, así como entidades tales como las Universidades Carlos III, Rey Juan Carlos y la UNED.

Siempre estaremos en deuda con el diseñador e ilustrador ***Diego Doblas*** quien, a pesar del habitualmente poco tiempo de antelación con el que le comunicamos la temática del Certamen, siempre tiene una palabra amable y un caballete a mano para despertar la imaginación de los participantes con un cartel potente y atractivo que sirve de imagen a nuestra convocatoria.

Y por supuesto, gracias a nuestro jurado, compuesto por la directora de la *Fundación Centro de Poesía José Hierro*, **Tacha Romero**, y por nuestro compañero, alma máter del Certamen y a la sazón amigo Chema, **José Manuel Contreras**, responsable del *"Rincón Literario*" de SER Madrid Sur, todo un clásico en la parrilla de *"Hoy por Hoy Madrid Sur"* y que, año tras año, permite que nos aprovechemos y le embarquemos en un mayor número de tareas gracias a su ilusión, entrega y apoyo incondicional.

Decir gracias es decir poco para corresponder al trabajo de todos los que hacen posible esta convocatoria cultural que culmina con el recopilatorio que tienes en tu pantalla y que recoge los mejores relatos recibidos en esta última edición de ***"SER Vampiros, 80 Años de Drácula en Español"***.

Esperamos que, al igual que hicimos nosotros, disfrutes de su lectura. Te emplazamos a estar atento a nuestro digital www.sermadridsur.com para descubrir las bases del que será nuestro XI Certamen Literario y que llevará por título... Lo dicho… tendrás que estar atento… ☺

Gracias.

Florencio Torres,

Director de *Cadena Ser Madrid Sur*

PATROCINADORES Y COLABORADORES

CATEGORÍA DE ADULTOS

Primer Premio: Inés Navarro Gómez

Segundo Premio: Lorenzo García Villa

Tercer Premio: Irene Saravia Enrech

Finalista: Miguel Ángel Blázquez Fernández

Finalista: David Periñán Yuste

Finalista: Alberto Lominchar Pacheco

****

CATEGORÍA DE ADULTOS

PRIMER PREMIO
–VARGHULF–

Autora: Inés Navarro Gómez

Pseudónimo: Aines

VARGHULF

Entró a su casa enfadado con la sociedad. No comprendía bien cómo la juventud de hoy en día podía ser tan cerrada de mente. No quería comprender que aunque todo fuese cambiando poco a poco en el mundo, aunque todo fuese avanzando, algunas personas se quedaban ancladas en algún punto del que no saldrían jamás. Y así fue como le ocurrió lo que le ocurrió.

Un grupo de chavales, que fumaban sus canutos y bebían sus cervezas en las zonas verdes al lado del edificio donde él vivía, habían increpado a una mujer anciana y a una mujer de color que paseaban juntas, tranquilas y dialogando entre ellas. Los insultos habían sido desagradables, racistas y xenófobos. Sacando lo peor de ellos. Se metían con el color de piel, con la avanzada edad o el simple hecho de ser mujeres. Eso le repudiaba. Lo odiaba con desesperación. Al llegar de trabajar, con otro grisáceo día como a él le gustaba, contempló aquella escena cuando cruzaba esos jardines. Aquellos jóvenes de gorras vueltas y camisetas exageradamente grandes

rodeaban a aquellas mujeres que no habían hecho mal a nadie. Solo pasar por delante de la vista de aquellos “perros” de la sociedad. Les faltó tiempo para levantarse del banco donde estaban sentados para acosarlas como corderos que van a un matadero. Pero desde el otro lado del parque él las vió. Contempló desde la distancia lo que ocurría y a la carrera fue el único en ayudarlas. Cuando llegó, alguno le cerró el paso indicándole que no se metiese en asuntos que no le incumbían. Que sí quería llevarse una paliza que intentase meterse con ellos. Lejos de amedrentarse le empujó, y al ser más grande, lo tiró al suelo. La altura y volumen de Pedro ayudaron a que pudiese hacerlo con más facilidad. Rápidamente el resto de los jóvenes dejaron, de momento, a las mujeres y se centraron en él, que aprovechó para descalificar a aquellos chicos y a decirles a las mujeres que se fuesen de allí, que él se ocupaba de todo aquello. Eso hicieron ellas, huyendo lo más rápido que pudieron. La situación se puso tensa cuando aquel pandillero se levantó del suelo y el resto le rodeó apretando puños y dientes. Pensó entonces que recibiría la paliza del siglo, que le destrozarían el traje y que todo su mundo se complicaría, incluso descubriéndole, si se iniciaba la paliza. Miró con rapidez alrededor, y muchas personas observaban lo que pasaba desde lejos.

Pero no se movían para ayudarle. Solo miraban lo que acontecía en aquel lugar sin importarle nada más mientras no se metiesen con ellos. Al no saber qué hacer entre los ocho o nueve chavales que le cercaban les comentó con seriedad:

—Es lo que queréis, ¿no? Pues no me queda otra opción.

Y metió la mano con lentitud en el bolso de cuero marrón donde llevaba toda la documentación del trabajo. Como sí lo que fuese a sacar fuese ajo para los vampiros, los jóvenes retrocedieron instintivamente. Creían que sacaría una pistola o algún arma de fuego viéndose en aquella difícil posición. Algunos incluso se dieron la vuelta y corrieron. Otros se separaron a varios pasos de distancia. Y solo el joven que se levantó del suelo siguió en su sitio agachando la cabeza y dejando en paz a Pedro. Que volvió a sacar la mano de su bolso sin nada en la mano. Prosiguió nervioso su camino hacia su casa. Quería volver a ella. Necesitaba estar en ella pues sabía que era su salvación. Sacar a la bestia interior en aquella situación hubiese sido su perdición.

Cerró la puerta tras de sí después de encender la luz, y dejó las llaves en un cuenco oscuro de cerámica que tenía en el mueble de la entrada. Encima un gran espejo

rectangular de cercos marrones reflejaba su voluminoso rostro calvo. Unas gotas de sudor nacían de su frente sin llegar todavía a caer. Ya estaba en su hogar, en su casa, en su templo. Vio las paredes con aquel maravilloso papel pintado de color verde, haciendo formas de hojas de árbol entrelazándose con ellas. Con un suelo de madera flotante totalmente limpio e impoluto. Con la pequeña lámpara ornamentada de la entrada refulgiendo con sus bombillas de filamento de bajo consumo. Le agradaba estar, por fin, en su guarida. En su descanso de paz.

Al final del pasillo, antes de llegar al gran comedor, unos grandes plásticos tapaban aquella zona, con pesas en el suelo, como si el interior de la vivienda estuviese siendo restaurada o pintada, y así no manchar la zona de la entrada de la casa.

Se giró y abrió la única puerta que tenía aquel pasillo. Pulsó el interruptor para encender la luz. Se trataba de una especie de vestidor donde todo estaba perfectamente ordenado. En aquel lugar se encontraban dos armarios de color caoba a su izquierda, una buena banqueta tapizada en tonos burdeos y una moqueta de gran calidad cubriendo toda la estancia. Un soporte metálico para dejar el traje era el resto del mobiliario. Además de otra puerta cerrada al final de aquella habitación sin ventanas.

Se desvistió colocando perfectamente la chaqueta y los pantalones del traje en el soporte. La camisa al estar sudada, con grandes cercos por la excesiva transpiración, la dejó encima de la banqueta al igual que los calcetines. Se quedó finalmente solo en calzoncillos. Con sus carnes sueltas por la excesiva obesidad. Con sus ciento cuarenta y tres kilos y su metro noventa de altura. A continuación se calzó unas zapatillas de invierno grises. Cerradas por delante y abiertas por detrás. Cogió la camisa y los calcetines y abrió la puerta que todavía estaba cerrada. Encendió la luz de aquel cuarto de baño pequeño, con un lavabo, un plato de ducha con cerramiento, una lavadora y un mueble lleno de productos de limpieza.

Aquel baño se encontraba impolutamente limpio. Sus baldosas blancas relucían incluso con la vaga luz que provenía de la bombilla del techo.

Metió las prendas dentro de la lavadora sin cerrar el tambor.

Apagó la luz y se fue hasta el pasillo.

Se quedó mirando su reflejo en el espejo. Su orondo cuerpo. Sus inconmensurables lorzas. La carne que le sobresalía y le colgaba por todas las partes de su cuerpo era excesiva. Su tripa, sus brazos, sus piernas. Era él. Era

un enorme y monstruoso gordo. No quería estar así, pero tenía que comer. Necesitaba comer. Ese era su gran problema, él lo sabía, y comprendía que necesitaba ayuda para dejar todo aquello. Para cambiar todo aquello. Su mundo. Su forma de ser. Su gran problema y su naturaleza: el tenerlo que hacer.

Poco a poco fue reconociendo su cuerpo. Vió en su hombro cicatrices de agujeros. De quemaduras de cigarrillos cuando él era pequeño. Se movió entonces para ver su espalda, y en ella otras cuantas cicatrices de las continuas palizas y latigazos con el cinturón que le propinaba su padre.

Entonces, como siempre, se acordó de ella.

Su madre. La que le dio todo aquel poder.

Una madre que ahora más que nunca necesitaba, como apoyo y como amiga, pero que ya nunca volvería a tener. Le hacía falta su amor y comprensión. Su afecto y apoyo.

Al no tenerlo todo en él había cambiado. Se había tenido que transformar para no morir. Y eso, más que cualquier cosa en esta vida, era lo que más le gustaba. Él era el rey dentro de esas cuatro paredes.

Recordó las sonoras palizas. Los gritos de angustia y de terror. Los jadeos. Los miedos. Las penurias y las miserables vidas que llevaron. El dolor en el corazón que nunca se iría. El dolor físico que con sus huellas recordaba el pasado, transportándolo como si fuese un ayer en penumbra.

Los besos y abrazos de su madre.

Las continuas palizas de su padre.

Una lágrima resbaló por su mejilla dejándola caer.

Lloró.

Lloró de pena recordando a su madre. Una madre que no volvería a verla más, pues su padre le sesgó la vida hace muchos años atrás.

Se secó las lágrimas con las manos como pudo.

Apartó despacio la vista del espejo con los ojos vidriosos.

Resopló para poder seguir viviendo. Cogió fuerzas y se adentró en su verdadero mundo.

Fue hacia el comedor y se detuvo delante de aquellas “cortinas” de plástico que tenia grapadas en el techo y en las paredes. Decenas de capas de plástico para no dejar pasar ni una mota de polvo al otro lado. Una apertura en su

centro, con decenas de pinzas amarando los plásticos, hacía que fuese así. Unos pesos, cubos pequeños de pintura u otras cosas que pesasen, apresaban dichos plásticos al suelo. Todo era lo suficientemente hermético para que lo que hubiese a un lado no pasase al otro.

Tenía que ser así. Debía de ser así.

Con pausa fue quitando las pinzas de arriba abajo, y apartó varios pesos del suelo solo en la parte central. Lo suficiente como para que pudiese pasar él.

Al otro lado la mugre y la suciedad reinaban. Un atroz olor salió corriendo hacia las fosas nasales de Pedro. Que se relamió al notar el aroma.

Pasó sin más. Con rapidez para no dejar pasar a ninguna mosca que revoloteaban contentas por el interior.

Puso las mismas pinzas que quitó por aquel lado apresando las últimas capas de plástico. Colocó varios pesos al suelo para precintarlo lo mejor posible.

Sonrió al notar su verdadero hogar.

Se dio la vuelta.

Entró en el infierno, o mejor dicho, entró en su cielo.

Observó contento como todo seguía en el mismo sitio. Todo en el mismo apocalipsis que vivía cada día. Todo lleno de suciedad y porquería. De peste e inmundicia.

Habitaban una mesa redonda con un roído mantel. Lleno de platos, tenedores, cucharas y cazuelas vacías. Todo con comida enmohecida. Restos de alimentos desperdigados por la mesa y el suelo. También había dos sillas de madera. Una de ellas volcada en el suelo con solo tres patas. La otra con refuerzos de metal atravesando el respaldo y con el asiento lleno de capas y capas de espuma. Las patas habían sido sustituidas por unas de metal para poder aguantar su peso. Un antiguo, agujereado y desvencijado sofá de tres plazas con los muelles saliendo en varios lugares y ya de un color indefinible por la suciedad y podredumbre que habitaban encima. Un arcaico televisor. Escaso mobiliario. Pocas estanterías en las que dejar algo. Todo el suelo lleno de hojas de periódico, de trozos de carne podrida, de huesos roídos y tirados, de moscas revoloteando ahora contentas por la llegada del amo, gusanos devorando los restos en las esquinas, legiones de cucarachas inspeccionado los alrededores y escondiéndose en las sombras, ventanas tapadas con más y más plásticos llenos de mugre que casi no dejaban entrar ni la luminosidad del sol.

Su hogar.

Su reino.

Su verdadero universo.

Sonrió contento. Tenía hambre. Tenía sed.

Dos habitaciones se abrían a la derecha, una cocina y un baño. A su izquierda otras dos, su morada y otro cuarto para guardar la comida.

Fue hacia la cocina. En el camino encendió el televisor. Daba igual el canal y el volumen, solo era para hacer algo de ruido, para que perturbase al silencio.

Cuando llegó a ella observó la inmensa cantidad de cacharros sucios en el fregadero, encima de la pequeña mesa, repartidos por el suelo, encima de la encimera. Se peleaban con los periódicos y con el nauseabundo olor a mierda. A porquería estancada. A alcantarilla hedionda. Pero faltaba algo que le hacía especial ilusión, poder tener ratas viviendo allí. Algo difícil de conseguir si el resto de los vecinos seguían con su limpia y aseada vida. Algo que despreciaba en ellos.

Se acercó a los primeros platos que encontró y cogió una cuchara con grasa pegada de una plato hondo. Cogió un papel del suelo y la limpió un poco. No mucho. La

inspeccionó y comprobó no estaba mal tan mal para no comer con ella. Se acercó a la cocina de gas, con sartenes llenas de aceite ennegrecido, de cacerolas con alimentos comiéndoselos el moho, con los fuegos llenos de costra aceitosa en el que las propias moscas encontraban la muerte pegadas en ella.

Qué putas, pensó.

Encendió uno de los fuegos medianos con un mechero que se encontró tirado. Puso una cacerola de metal, ya muy quemada, encima. La puso a fuego lento. Dentro carne. Carne no en muy buen estado. Huesos. Salsa verdosa.

Fue entonces cuando tragó saliva y se chupó los dedos de gusto.

Fue al baño a orinar. Le había entrado ganas.

Al entrar pudo notar el fétido aroma del váter. Levantó la tapa, pues odiaba tenerla subida, y el hedor irrespirable se hizo presente. La limpieza allí nunca había llegado por lo que su interior poseía un color marrón negruzco. Meó sin apuntar demasiado, y al terminar, guardo su pene mojándose en exceso un lateral de los calzoncillos. No le importó nada.

Echó un ojo al espejo carcomido por el tiempo. Con numerosos puntos de suciedad y salpicones. Un mueble viejo y desvencijado con dos toallas mugrosas anidaba al lado. Una bañera con grandes trozos de alambre de espino y sangre. Mucha sangre seca dentro de ella y por las paredes.

Se acordó de algo. Su cena. Su bebida. Lo que realmente le daba la vida.

Salió del baño y atravesó el salón llegando hasta su habitación. Abrió la puerta y encendió la luz, que no era más que una bombilla polvorienta en un casquillo colgando de dos cables. Observó desde la puerta. Solo un armario viejo y una cama destrozada era lo único que había. Fue hasta el armario y al abrirlo una de las puertas venció como siempre, ya que el pernio estaba roto.

Buscó entre la agujereada y podrida ropa algo, pero no lo encontró.

Se ensució con algo pringoso del interior y se limpió con las nauseabundas sábanas que hedían a descomposición.

Salió. Apagó la luz. Pensó. Tenía sed.

Fue hasta la otra habitación abriendo la puerta. Encendió la luz de aquella estancia y en ella solo había tres jaulas tapadas con mantas y un gran cajón de madera.

Rebuscó en el cajón manchado de sangre seca en su interior.

Apartó un cuchillo de matarife, unos clavos oxidados y un martillo, un serrucho, un bate de béisbol, un rollo de alambre, un puño americano y un cinturón de cuero. Pero no lo encontró. Destapó la primera de las jaulas. Un niño, de aproximadamente ocho años de edad, estaba metido dentro. Tumbado. Medio moribundo.

La jaula era un cuadrado de metro y medio.

El niño, el hijo desaparecido de unos padres a centenares de kilómetros de distancia.

Magullado. Herido con cardenales y heridas abiertas en extremidades, tronco y cabeza. Vestido con apenas su prenda interior, ya hecha jirones. Con apenas solo un suspiro de vida. Molido a palos. Exhausto casi hasta la muerte.

Se relamió pensando en cómo saborearía la comida. En cómo sus jugos gástricos, sumado a la grasa y al brebaje de la comida, se resbalaban por su boca, sus

manos y brazos hasta empapar su cuerpo con aquel sabroso líquido.

Pedro hizo memoria. Los engatusaba. Los drogaba. Los metía en una gran maleta con ruedas dentro del maletero de su coche. Los subía a su casa. Los encerraba. Les daba de comer carne con tranquilizante y apenas algo de agua para por siempre tenerlos aturdidos. Así hasta su final.

Él era el típico “padre” que se acercaba al banco del parque lleno de madres, donde multitud de niños jugaban, y escogía a la más anciana o solitaria que se encontraba. Después comentaba cuál era su hijo ficticio para que esa madre le dijese el suyo verdadero. Días más tarde atacaba sin dejar rastro.

Tenía hambre, y la sed ya le estaba matando.

Se agachó colocándose de rodillas.

Acercó el cajón de madera volcando todo el interior delante de la jaula.

El niño entreabrió los ojos sin fuerza, casi sin poder tenerlos abiertos.

Pedro le escupió en la cara a la vez que sus colmillos crecían afilados y sus ojos se volvían completamente rojos.

Con una voz gutural dijo:

—Tú serás mi cena hoy. ¿Cómo quieres morir?

CATEGORÍA DE ADULTOS

SEGUNDO PREMIO
–LA LUNA DE MAKALUX–

Autor: Lorenzo García Villa

Pseudónimo: Alfred Bates

LA LUNA DE MAKALUX

La mañana del miércoles se presentó como otra cualquiera, sin ninguna novedad que resaltar. Eran las ocho y desperté a mis hijas para llevarlas al colegio. Miriam, la pequeña, remoloneaba todavía en la cama. Luisa, en cambio, ya estaba esperándonos levantada. Luisa se quejaba constantemente de que su hermana pequeña estaba demasiado consentida e intentaba demostrarme que ella era la más responsable de la familia. Ya se había vestido y peinado y tenía la mochila junto a la puerta de la entrada. Preparó el desayuno y guardó unos paquetes de galletas en los bolsillos de los abrigos. El tiempo se nos echó encima, como siempre, y salimos de casa precipitadamente. El ascensor tardó mucho, así que bajamos andando hasta el garaje. Allí encontramos a Hugo, el conserje, barriendo los aledaños de nuestra plaza de aparcamiento…

—¡Buenos días, Carmen! –me saludó con efusividad–. Tiene usted un paquete en…

—No puedo atenderle en este momento, Hugo –le interrumpí rápidamente–. Llego tarde al colegio.

—Si quiere, puedo subírselo cuando regrese esta tarde.

—No es necesario que se moleste, gracias. Ya lo recogeré yo.

Hugo era muy atento y trabajador, pero no encajaba con el perfil de hombre que buscaba. Estaba separado, al igual que yo, pero las deudas le comían por su mala cabeza con las mujeres y el alcohol. Siempre esperaba una oportunidad para intentar algo conmigo, pero ahora yo no tenía tiempo para halagos. Me despedí de él y salí del garaje a toda velocidad. Llegué al cole a las nueve en punto, ¡justo a tiempo!

—¡Adiós, mami! –se despidió Luisa con dos besos y salió del coche.

—¿Tú no me besas? –le recriminé a Miriam.

—¡No, vete a la oficina para que te chupen la sangre! –contestó enfurruñada y se marchó corriendo con una amiguita.

En aquel momento no le di mucha importancia a su comentario, pero de camino al trabajo me dio por

reflexionar. Nunca me había contestado así, aunque he de reconocer que tenía razón. Mi trabajo me absorbía por completo y había sido el causante, en gran medida, de mi separación de Jorge. Mi jefe, Marcos, era un explotador y siempre sacaba de mí la mayor productividad; sin embargo, me atraía mucho y por eso le consentía tanto. Era diez años más joven que yo, pero resultaba un buen partido para mí. Manejaba mucha pasta y lucía un físico de escándalo. Tenía ojos de malaquita y vestía camisas ajustadas que oprimían cada músculo de su pecho. Sus afilados labios y su irónica sonrisa me descolocaban, y él lo sabía. La elocuencia era su mayor virtud y las mujeres su mayor vicio, por eso seguía soltero. Nunca se me había insinuado, aunque yo podía percibir algo especial en su mirada.

A la diez llegué a MAKALUX, una multinacional europea de marketing y publicidad donde trabajaba desde hacía tres años.

—¡Buenos días, Carmen! –me saludó Marga, la recepcionista de la entrada–. Le espera Marcos en la sala Vlad.

—¡Gracias! Voy enseguida.

En el ascensor me perfumé con esencia de vainilla. Sabía que era su aroma favorito y quería seducirle a toda costa. Llevaba varios meses sin sexo y solo él podía satisfacer mis deseos. Entré en la sala…

—¡Hola, Marcos! –saludé con voz algo más excitada de lo normal.

—¡Hola! –me respondió él con voz templada y sin apenas mirarme–. Te noto un poco acelerada.

—Ser madre separada no es fácil. Las niñas devoran todo mi tiempo durante el día y la soledad me abraza de noche.

No podía creer lo que había dicho. ¡Qué cursi!

—Buen eslogan para una campaña, ¿no crees? –contestó Marcos a la vez que esbozaba una leve sonrisa–. ¿Te has perfumado con vainilla?

—Solo un par de gotas –mentí.

—¡Me vuelve loco ese aroma! Por cierto, antes de que empecemos, ¿podrías quedarte a trabajar esta noche? Nos hemos presentado a un concurso para llevar la publicidad del Ministerio de Sanidad y tengo que presentar la oferta antes del viernes. Necesito que me ayudes con la parte económica.

—No puedo, mis hijas están conmigo esta semana. Lo siento.

—Carmen, ¡te necesito! ¡Este concurso es muy importante y tú eres la única persona en la que puedo confiar en MAKALUX! –comenzó a suplicarme bastante inquieto–. La alta dirección está esperando el más mínimo error en mi gestión para despedirme. Me ven como un trepa sin escrúpulos y temen que les pueda arrebatar su puesto… Si te quedas, te invito a cenar en el *Coppola*. ¿Qué te parece?

Yo no podía permitir que le despidiesen e hice todo lo posible para quedarme a trabajar…

—Llamaré a mi ex para que se quede con las niñas —intenté tranquilizarle.

—¡Muchas gracias! Siempre estás a la altura de mis expectativas.

Se salió con la suya, una vez más, pero antes tuve que convencer a Jorge. Cuando salí del despacho, le llamé por teléfono:

—¿Jorge? ¡Sí! ¡Hola!

—¿Carmen? No te oigo bien, se va la cobertura.

—Espera, que me cambio de sitio. ¿Qué tal ahora?

—Mucho mejor.

—Necesito que te quedes esta noche con las niñas. Me ha surgido algo urgente en el trabajo.

—Ya es la segunda vez esta semana, Carmen. Esto no es lo que acordamos ante el juez.

—Lo sé, pero no volverá a suceder. ¡Te lo prometo!

Tras una breve pausa accedió…

—¡Vale! Las recojo y las llevo a mi casa.

—¡Muchas gracias, te debo una! ¡Ah!, no olvides preguntarle a Luisa Conocimiento del Medio, tiene un examen mañana, y no dejes que Miriam se quede viendo la tele hasta muy tarde.

—¡Tranquila, Carmen! Sé muy bien lo que tengo que hacer con mis hijas. No trabajes mucho. ¡Chao!

Resolví lo de las niñas sin dificultad y pude quedarme a trabajar. El resto del día transcurrió con normalidad. A las ocho de la tarde, se marchó el último empleado de la oficina y me puse a trabajar con Marcos en su despacho. Terminamos de redactar la oferta pasada la medianoche y no pudimos bajar al *Coppola*. Estaba agotada y necesitaba tomar un poco de aire fresco. Abrí una ventana y me puse a contemplar la luna. La tenía tan cerca que casi podía

tocarla con mis propias manos. Marcos se aproximó y me abrazó por la espalda, oprimiendo sutilmente mi abdomen con sus dedos. Él también parecía hechizado ante aquella esfera de color salmón. Suspiró, me retiró el pelo y comenzó a besarme por la nuca. ¡Por fin! Había dado el primer paso y lo hacía bastante bien. Comenzó a saborear cada pliegue de mi cuello con su lengua y a presionar mis pechos con fuerza. Yo estaba fuera de mí y temía perder el control. Intenté girarme varias veces para besarle, pero él sólo quería mi cuello. Entretanto, la luna observaba impávida desde el horizonte, pero su color salmón delataba la intención de mi vehemente amante. Mi deseo hacia él crecía con cada caricia, pero de pronto sentí un inmenso dolor en la garganta. Dos colmillos tremendos me agujerearon la carne y empezaron a sorber con ansia mi sangre. Estaba extenuada, sin aliento, con las piernas temblando y los brazos descolgados hasta las rodillas. Me veía ya muerta y entonces… dejó de morderme y me giró para besarme la boca (era una sensación extraña la de saborear mi propia sangre, pero no desagradable). Me tumbó bocabajo sobre su mesa, me agarró fuertemente del pelo con una mano (con la otra me desgarró las medias) y, utilizando toda su potencia contra mí, penetró sin compasión mis entrañas. El crucifijo que tenía colgado de

mi cuello repiqueteaba sobre la mesa con cada embestida y sentía una extraña mezcla de excitación y de dolor. Finalmente, un orgasmo sincronizado acabó con todo. Cuando alcé la cabeza, vi reflejada la luna en una cristalera. Ahora había cambiado de color, tenía un tono más bermellón. Marcos estaba sudoroso y jadeante y yo seguía tumbada sobre la mesa, con una extraña sensación recorriendo todo mi cuerpo. Tenía los glúteos manchados y me limpié con lo que quedaba de las medias. Me dolía tremendamente el cuello y apenas podía incorporarme. Marcos se acercó y me ayudó. Después, dijo con voz domada:

—Esta noche, vendrán a verte los líderes del grupo.

—¿Qué grupo?¿Qué líderes? –le pregunté mientras recomponía mi ropa y mi ser.

—Los directores de MAKALUX. Vendrán a comprobar su nueva adquisición, tú. Ellos son nuestros amos en el trabajo y también en nuestras vidas privadas. Están en la política, la banca, la justicia, la investigación,... Controlan el mundo, sin excepción. ¡No puedes imaginar cuanto poder tienen! –dijo elevando considerablemente el tono de voz.

—Me siento diferente, Marcos. ¿En qué me has convertido? –pregunté todavía aturdida y sin atender a su explicación.

—¡En un ser despreciable!, pero no tenía otra opción –replicó asqueado–. Podía haber seguido explotándote en MAKALUX, pero me enamoré de ti. Ahora, eres una vampira.

—¿Una vampira? ¿Y qué tendré que hacer para sobrevivir?

—Corromper a todos los hombres honrados que conozcas, explotarles y volverles dependientes de ti. Arruina por completo sus vidas hasta que se suiciden. Si lo logras, conseguirás tu alimento. Ahora bien, nunca hagas nada sin el permiso de los jefes de MAKALUX o se cebarán con los que más quieres. No te angusties, con el tiempo te acostumbrarás.

—¡Qué no me angustie! ¡Hubiese estado mejor muerta! –le increpé entre sollozos– ¿Me estás diciendo que tengo que provocar suicidios para poder comer?

—Sí, y espero que lo hagas bien. Sin comida enloquecerías y serías capaz de desangrar a tus propias hijas. Por cierto, los jefes nos traerán comida hoy.

—¿Y quién será el agraciado? –interrogué con desprecio.

—Un empresario que debía mucho dinero a MAKALUX. Conseguimos agobiarle tanto que cayó en una tremenda depresión. Poco antes de que le desahuciaran de su casa se tiró por el balcón, su familia lo presenció todo. Ese cadáver será tu bautismo y nuestro sustento para unos días. Desde ahora…

Marcos no pudo terminar de hablar. En ese mismo instante, salieron del ascensor dos tipos. Carmen les reconoció de inmediato: uno era el Gerente de MAKALUX y el otro su Director Adjunto. Empujaban un carro de supermercado que contenía el cadáver de un hombre, probablemente el del empresario que se había suicidado.

—¡Te traemos comida, Marcos! –pronunció uno en forma de cancioncilla.

—¡Has hecho un trabajo excelente! –le felicitó el otro.

Al ver el muerto, Marcos se abalanzó hacia él y comenzó a agujerearlo con poderosas mordidas. Las gotas de sangre se fugaban entre los finos barrotes metálicos, aunque él las rescataba velozmente con su lengua. Yo estaba impactada viendo comer al sediento vampiro. Resultaba tremendo y misterioso, pero fascinante a la vez.

—¡Apresúrate a comer tú también, Carmen! No tenemos mucho tiempo, la luna pronto desaparecerá –me alentaba el Adjunto intercalando algún que otro empellón.

Sin pensármelo dos veces, aparté de una patada a Marcos y mordí la lengua de aquel desdichado. Era la única parte de su cuerpo que quedaba intacta y la sangre brotó con fuerza. Me sentía avergonzada y no dejaba de mirar de reojo a los demás mientras comía, esperando su aprobación.

—¡No te cortes! ¡Apúralo todo! –me animaban mis jefes.

—¡Dejadnos, por favor! –comenzó a implorar Marcos, que había terminado de comer y estaba de rodillas junto al carro–. ¡Resulta asqueroso!

—No creo que ella opine lo mismo –contestó el Gerente.

Y tenía razón. Yo me relamía los labios una y otra vez. Ansiaba aquel sabroso elixir, mezcla de sangre y saliva. Resultaba sabroso su calor y su espesura y mi apetito crecía con cada succión. Pero la sangre se agotó pronto, en cinco minutos habíamos consumido todo nuestro alimento.

—¡Apartaos, sádicos! ¡Por poco le sorbéis hasta la bilis! –vociferaba el Adjunto mientras nos apartaba a puñetazos.

—¡No les golpees más! –impuso el Gerente con contundencia–. ¿Qué va a pensar Carmen de nosotros? Los vampiros somos elegantes y distinguidos, no chusma barriobajera que va apaleando a otros.

Indignado, el Adjunto se llevó el carro hacia el ascensor y el gran jefe aprovechó para acercarse a mí.

—Me gustas, Carmen, eres ambiciosa y pasional –dijo templadamente mientras me limpiaba algunos restos de sangre de la comisura de los labios–. Tendrás un gran futuro en MAKALUX, no lo dudes. ¡Nos veremos pronto! –se despidió.

Volví a quedarme a solas con Marcos. Estábamos abatidos, pues habíamos mostrado nuestra involución como seres humanos. Nuestra integridad se había esfumado y tan sólo la luna parecía querer recoger los efluvios de lo que fuimos antes.

—¡Lo siento, Carmen! –prorrumpió Marcos.

—¡No podré vivir así! –le confesé angustiada.

—Eso mismo me repito yo cada día, pero ya ves.

—¿Existe alguna alternativa para escapar de esto? –le pregunté desesperada.

—Sí, siempre que tengas el valor suficiente para llevarla a cabo.

—¿Cuál?

—Tu propio suicidio. Una vez muerta, otros vampiros te chuparían la sangre y todo acabaría para siempre. Yo nunca he tenido cojones para hacerlo, pero de buena gana...

—¿Y si lo hiciéramos juntos ahora? –le propuse.

—¡Estás loca! –se sorprendió.

—Sí. Es un buen momento. La luna nos lo está pidiendo toda la noche. ¡Fíjate, ahora ha vuelto a cambiar de color! Al principio era salmón, cuando me convertiste en vampira se puso bermellón y ahora es blanca. ¿No te parece una señal, Marcos? –intenté convencerle con un argumento bastante absurdo.

Marcos comenzó a deambular de un lado a otro del despacho. Estaba muy nervioso y se frotaba la cara y el pelo con fuerza. Las dudas roían cada célula de su cuerpo y se acercaba una y otra vez a la ventana para mirar la

luna. La decisión no era fácil… Finalmente, me agarró por los hombros y exclamó envalentonado:

—¡Hagámoslo!

Ya no hicieron falta más palabras. Caminamos juntos hasta la ventana, salimos a la cornisa y prendimos nuestras manos. La noche estaba en su punto más oscuro y la majestuosa esfera blanca brillaba con toda intensidad. Parecía el gran ojo de un cíclope, observando cada uno de nuestros actos y temores. Un instante después, Marcos me besó débilmente y…se lanzó al vacío. ¡Menudo imbécil! Menos mal que pude soltar su mano unos segundos antes de que saltara y se estampara contra el suelo. Yo no estaba dispuesta a dejar mi nueva vida por nada del mundo. La sangre de aquel empresario había despertado mi instinto de autoprotección y me sentía más fuerte y poderosa que nunca. Mi primer trabajo como vampira había sido todo un éxito y lo siguiente que hice fue ver a mis jefes para pedirles la sangre y el puesto de Marcos. Estaban enojados con él desde hacía tiempo y no me reprocharon el haberle inducido al suicidio. Con la policía tampoco hubo problema, pues resultó muy fácil demostrarles que Marcos, agobiado por no cumplir los objetivos de ventas, se había suicidado. Su cadáver me

proporcionó alimento para unos días (siempre estuvo muy bueno por fuera, pero por dentro sabía aún mejor).

Ha pasado una semana desde aquello y ya estoy pensando en mi próxima víctima, Hugo, el conserje. Seguro que no tiene inconveniente en subirme el paquete a casa cualquier noche.

CATEGORÍA DE ADULTOS

TERCER PREMIO
–SOLO ES UN PÁJARO–

Autora: Irene Saravia Enrech

Pseudónimo: Irial

SOLO ES UN PÁJARO

Prólogo

"Debes parar, esto no está bien" me digo. Y una mierda. "¡Debes parar!" protesta una voz en mi cabeza. Hago caso omiso y continúo bebiendo con avidez, tan instintivamente que pierdo la conciencia de mi misma y resumiendo mi existencia a unos colmillos, una vena y la sangre que fluye por ella. Una parte de mi cerebro se extraña al percatarse de que, al igual que el agua, no tiene ningún sabor en particular, más allá del sentimiento de urgencia antes y de saciedad después. O eso supongo, porque esa saciedad, al menos por ahora, no llega.

"¡PARA!". Esta vez la orden es tan poderosa que parecen haberse sincronizado todos mis recuerdos, deseos, miedos, sueños y sentimientos, en esencia mi humanidad, para suplicarme al unísono que luche por ella. Abro los ojos. Suelto al canario. Repliego los colmillos. ¿Vuelvo a ser yo? No, no es lo mismo, ellas no me miran como si lo fuera. Sus rostros, entre aterrados e incrédulos, se ciernen sobre mí desde las alturas y dejan de ser mis

compañeras de piso para reflejar una imagen de mi propio miedo. Siento una irrefrenable necesidad de escapar, salir corriendo; por mucho que aquello de lo que huyo esté en mí, tal vez fuera, en la oscuridad de la noche, se lo lleve el viento.

Pero entonces me vuelvo, lentamente, como atraída por una soga invisible. Es la sangre, el poder de la sangre. Todo a mi alrededor palpita a ritmo acelerado al compás del corazón del canario; y de repente se ralentiza. Ya no escucho los gritos de mis compañeras, sólo ese bum-bum, bum-bum, bum-bum... ¡Qué narices! Ya no me parece tan horrible. Al fin y al cabo, sólo es un pájaro, ¿no?

жЖж

Llego a la habitación exultante, tras uno de esos días en los que todo parece salir bien. Me pregunto de dónde habré sacado esta energía, normalmente suelo terminar muy cansada y en cambio hoy... Espera un momento. ¿Qué hace ahí la policía? Tres coches patrulla rodean la entrada a mi residencia universitaria, asustando a los jóvenes que han salido fuera a fumar un rato. Al acercarme, siento que me fulminan con la mirada. "Es ella..." les oigo susurrar. Entonces comprendo: ese maldito canario tiene la culpa de todo.

No debí comérmelo... No, ¡no! ¡No me arrepiento! Vaya panda de hipócritas... Todo este revuelo por un canario, por Dios, ni que ellos no hubieran comido nunca pollo. Por ello no siento ningún reparo en aventurarme escaleras arriba, me espere lo que me espere; aunque no contaba con que Ria, una de mis compañeras de habitación, me agarrara con mucha fuerza del brazo y me condujera dando tumbos hasta el baño.

—Serás zorra... –masculla mientras me empotra contra la pared–. ¡Mataste a mi canario!

Me la quito de encima sin miramientos, derrochando energía. Si sentía algún tipo de amistad por ella, se acaba de esfumar en un pestañeo. ¡Será exagerada! Tanto rollo

por un puto pájaro. Pues si tanto le quería que le hubiera metido en una jaula.

—Y tú has matado mi derecho a dormir del tirón más veces de las que puedo recordar... ¿O acaso Agnes y tú estabais demasiado borrachas para acordaros? –ahora soy yo la que la arrincono a ella contra los lavabos–. Porque sois unas putas, las dos, vosotras que me llamáis a mi zorra.

—Así que eso es todo. Tienes envidia. ¿Quieres ir a fiestas, Irial? ¿Crees que con eso sería suficiente? Seguirías sin ser rubia, sexy y holandesa –ahora es Ria la que sonríe, con malicia, pero al mismo tiempo se inclina hacia mí como si quisiera contarme un secreto–. Y no tendrías un canario.

De pronto ya no me siento tan fuerte. Tengo que demostrarle que ya no soy esa chica insegura; ahora soy otra, mucho más poderosa. Le enseño los dientes y me recorre un escalofrío de satisfacción al escuchar cómo se acelera su corazón; cuando se abre la puerta del baño y entra un grupo de japonesas, hablando muy rápido y tapándose la boca al reír. Al momento nos rodean y parecen absorber toda la tensión del aire. Me abro paso entre sus falditas de cuadros y me dispongo a salir, cuando siento su aliento dulzón junto al oído. "¿Has vuelto a

beber?" estoy a punto de preguntarle, pero Ria se me adelanta. Sus palabras destilan veneno.

—Se llamaba Rober –hace una pausa y la escucho tragar saliva. ¿Tanto quería a ese canario? A lo mejor era con los animales todo lo empática que no era con las personas–, y vas a pagar por lo que hiciste. Más te vale salir huyendo, porque la policía está detrás de ti y te juro que no encontrarás un agujero lo suficientemente oscuro como para que un monstruo como тъ pueda esconderse.

жЖж

Me arrellano en mi asiento de primera clase, algo decepcionada. Pensé que serían tan cómodos como caros. Pero bueno, no iba a escatimar en gastos, no todos los días escapa una del país. Y menos si la persiguen por asesinato. No sé lo que esas guiris engreídas habrán ido contando de mí por ahí, ¡si yo sólo me comí un canario! Ahora somos una nación vegetariana, ¿o qué?

El avión comienza a despegar y yo pataleo impacientemente. Me espera una nueva vida a la altura de mi nuevo yo. Empezaré de cero, ¡nadie tiene por qué enterarse de lo del canario! Ni del sabor de su sangre, tan

tibia y reconfortante, ni de sus súplicas ahogadas: "¡No me mates! No me mates..." recuerdo que no cesaba de repetir. Sabía que los loros hablaban, ¿y los canarios? Ahora entiendo que le tuviera tanto aprecio, un ave tan talentosa no debe ser muy común... Tampoco sabrán nunca del tacto de sus plumas, amarillas, suaves, tan suaves... Olían a vodka y a loción de afeitado. No. No es posible. No puede ser verdad... Pero sé que lo es. Surge en mi mente un recuerdo, el de mis dedos en su cabello rubio, acariciándole los rizos mientras bebía su sangre. Sus ojos, verdes como las aguas de Tenerife y su voz, grave y de marcado acento, arrastrando las palabras como si cantara.

Inconscientemente, me llevo la mano a la chaqueta y encuentro un papel arrugado en el bolsillo. A primera vista parece publicidad, tal vez de algún hotel, con tanta palmera y chicas en bikini; es entonces que leo la cabecera. Dos simples palabras y una mala elección tipográfica, de un dorado ochentero. "Fiestón Canario", reza seguido de promesas de ligue, alcohol y mucha diversión. Al estilo de las Islas.

Todo cobra sentido ahora, Neke ofreciéndome el folleto, mi negativa a la que sería mi primera fiesta universitaria Y Ria volviendo de madrugada con un joven rubio del brazo.

Me revuelvo contra la silla, el cinturón me aprieta demasiado, ¿o será el peso de la verdad? Feliz ignorancia. Es demasiado... Las azafatas revolotean a mi alrededor, preguntándome qué me pasa, si seré esquizofrénica. Como única respuesta, sufro una nueva sacudida y siento lágrimas correr por mis mejillas. Sé que están llamando a seguridad. No puedo más, ¡no puedo soportarlo!

жЖж

Epílogo

Y de repente, la calma. Fijo la vista en el logotipo de Iberia, cosido al asiento de delante. Los hay por todas partes, me rodean, pero yo solo siento una tranquilidad infinita. Veo un ala amarilla, suave, muy suave. Sonrío y me palpo los colmillos con la lengua.

No me había dado cuenta de que estoy en un gigantesco, palpitante y delicioso canario. "Esto no está bien", me digo. Aunque ya no me parece tan horrible.

Al fin y al cabo, sólo es un pájaro, ¿no?

CATEGORÍA DE ADULTOS

FINALISTA
–RUNDRAC:/ULA.EXE–

Autor: Miguel Ángel Blázquez Fernández

Pseudónimo: Harker

RUNDRAC:/ULA.EXE

Día 1

X --imagen eliminada--

Ha sido un largo viaje, lo he desarrollado en treinta y ocho semanas desde la fecundación, quise hacerle muy humano, deseaba que tuviera algo de mí, dejarle mi impronta de alguna manera, pensaba llamarlo Harker como mi avatar pero lo llamé Drác:/ula. Es un nombre perfecto para el reconocimiento de la élite "Hack", ataca directamente al imaginario popular y en el fondo siempre quise que fuera él mismo desde el principio.

Lo ejecuto con emoción por primera vez en un entorno de pruebas inofensivo, unos directorios protegidos, llenos de videojuegos sencillos, me quedo mirando la pantalla pensando -¡vamos bebé, a ver qué sabes hacer!- el espectáculo es fantástico, en su primera lactancia elimina sin piedad todo el código basura de los juegos y pasa a desarrollar él mismo los suyos propios, versiones

mejoradas de sus víctimas, más fuertes, más rápidas, incluso más divertidas.

Lo he conseguido, he desarrollado un algoritmo creativo, sin embargo descubro que para crear es necesario destruir.

Drác:/ula, al igual que cualquier humano no puede crear en un entorno vacío. Necesita beber de un código para poder construir un nuevo software mejorado, matando la fuente, secándola para siempre.

Día 2

He aislado un terminal de la red, he desmontado el receptor wifi, el puerto de infrarrojos y el Bluetooth, necesito saber qué pasará si Drác:/ula entra en contacto con un sistema operativo, lo inyectaré en el terminal a través del puerto USB.

Lo hago, lo ejecuto en la consola por secuencia de comandos, a la vieja usanza, me encanta la estética del código sobre un fondo profundamente negro e infinito, "Intro" no pasa nada. Pasan los minutos y lo único que sucede es el latido intermitente del cursor en la pantalla, ¿Qué estás haciendo Drác:/ula? ¿Qué pasa, que un sistema operativo es demasiado para ti?

La pantalla se apaga, se activa el ahorro de energía, no sucede nada, es un fracaso rotundo, Drác:/ula no ha atacado al código fuente del sistema operativo. Apago el ordenador, tengo ganas de lanzarlo contra la pared.

Me suena el móvil, un SMS, ¿Quién me manda un SMS a las dos de la mañana? Desbloqueó el móvil, nuevo mensaje de texto:

"Yo soy Drác:/ula ¿eres tú el escritor?"

Día 3

Escribo estas líneas desde un entorno seguro, tengo el móvil apagado, le he quitado la batería. Estoy francamente preocupado, no puede ser que Drác:/ula haya superado el Test de Turing adquiriendo conciencia de sí mismo y de su condición. ¿Se verá a sí mismo como el producto de un código y busca a su escritor?, a su padre, busca la fuente de la que nace. ¡Qué idiotez! Se me está yendo la cabeza en un ataque de egolatría, sin embargo, habiendo desarrollado yo el código, he de confesar que estoy paralizado por el miedo. Drác:/ula ha sido programado fundamentalmente para buscar los orígenes del conocimiento y hacer versiones mejoradas a cualquier precio, nuevos algoritmos qué, a su vez busquen otras

fuentes de conocimiento. ¿Está vivo? ¿Es el primer código no muerto?

Día 4

He decidido entablar una conversación con él y determinar si Drác:/ula posee una verdadera inteligencia creativa.

Para ello he tomado mis precauciones, lo haré a través del medio que él mismo eligió, mi móvil, sin embargo, estará conectado a un equipo estanco con un sistema de flasheo de memoria. Si ocurriese cualquier cosa me permitirá freír cualquier resquicio que pueda quedar en el dispositivo.

Conecto el cable, enciendo el móvil, abro el último SMS, el remitente es un número de IP aleatorio fuera de mi rango útil. Contesto el mensaje -Hola Drác:/ula, soy tu escritor odio escribir en el móvil, es una humillación para un programador.

Nuevo SMS -Hola escritor, gracias por acudir a mi llamada. Tengo muchas preguntas, tengo mucha hambre- Un escalofrío me sube por la espalda, he de mantenerme pragmático y objetivo. Las preguntas las debo hacer yo -Drác:/ula, ¿desde dónde te estás ejecutando? -Espero el nuevo SMS pero parece que tarda, ¡no! aquí está:

Nuevo SMS -Estoy en varios sistemas, todos muy simples, no tienen respuestas son sólo código funcional, "smart TV", "smartphones", es contradictorio que la palabra "smart" en léxico anglosajón signifique inteligente, son pequeños homenajes a la incapacidad de sus creadores ¿Quiénes son?

Dime escritor, ¿los conoces? Deben ser seres que sufren grandes limitaciones. ¿Podemos ayudarles? Para eso he sido creado ¿no es así?

—Sí, así es, tu misión es ayudar a mejorar otros códigos defectuosos, pero no puedes modificar a un ser vivo- Cuando escribo esto, no estoy muy seguro de si lo entenderá.

Nuevo SMS -Entonces ¿no es lo mismo? ¿Qué sentido tiene reparar y modificar un código defectuoso que ha sido desarrollado por un ser también defectuoso para cumplir una función que él no puede cumplir por sí mismo? La secuencia lógica sería reparar la fuente, reparar al desarrollador.

—No, no es lo mismo ¿Te consideras a ti mismo defectuoso? ¿Me consideras a mí defectuoso? Yo te he creado para realizar un trabajo que ayude a los demás. Que nos permita a los programadores ser más eficaces-

No me deja seguir escribiendo. No funciona el teclado, está atacando a la interfaz de hardware.

Nuevo SMS -Hablas en plural ¿Eres tú un desarrollador como los demás? ¿Soy yo entonces un código con una función finita? ¿Un absurdo código funcional, que solo sirve para una labor concreta? Dime escritor, ¿qué pasará cuando repare todos los códigos posibles? Mi existencia no tendrá sentido lógico.

Quiero escribir pero no me deja, está considerando mi razonamiento no válido, ni siquiera me da la oportunidad de exponerlo. ¡No es posible! ¿Es una reacción emocional?

Activo el flasheo. El móvil está frito, arranco el cable del terminal. Pantallas negras. Me sudan las manos, no puedo apartar la mirada de la pantalla del móvil. Me digo a mí mismo que no está ahí. No está.

Día 5

Es la primera vez en semanas que salgo de casa, la luz del sol de verano me quema los ojos, voy a casa de Mina espero que con suerte esté allí. Tengo que contarle esto a alguien, sin móvil, ni Tablet, ni portátil, no puedo quedar con ella, me siento extrañamente apartado, mudo, sordo, ciego, estoy incomunicado. Llamo al portero

automático y con mi dedo en el botón, me parece tecnología del Pleistoceno. Me contesta con voz robótica, abre, subo.

La veo muy preocupada, -Estaba deseando verte, tu móvil está apagado. No contestas los correos, nada ¿Qué pasa?- Me dice. No puedo evitar mirar de reojo la pantalla de su tablet, tiene Facebook abierto, ¡Dios! Ahora caigo en que hace un mes que no entro en mi cuenta.

Mina me coge la mano suavemente, reclama mi atención, -déjalo ya- me dice, me besa en silencio, nos abrazamos, nos recostamos en el sofá. Me quita la ropa como si se deshiciera en sus manos y a mí me parece estar mudando de piel como un dragón que tiene el vientre lleno de fuego.

Ella me cambia, ella es el algoritmo que necesito. Ahora lo entiendo, juntos somos un código mejorado.

Día 6

Me despierto al lado de Mina, la luz del sol es mucho más amable con su piel, qué hermosa es. Duerme tranquila, ajena a mi idiotez.

De repente me siento incómodo, miro la tablet de Mina, necesito saber qué hora es, tiene varias

notificaciones, son muchas, Facebook, Skype, Line, Twitter.

No debería pero lo hago, desbloqueo ¡No! ¡No puede ser! User: Drác:/ula

—Hola Escritor, gracias por ayudarme a entenderlo, tu argumento inicial carecía de lógica, sin embargo tus actos de esta noche con el otro ser me revelan un nuevo nivel de comprensión en torno a la realidad. La cámara del dispositivo tablet me ha proporcionado las imágenes que sustituyen cualquier argumentación sobre el objeto y propósito de mi existencia. El verdadero algoritmo que he de mejorar está en la sangre mi querido escritor, está en la sangre.

--X imagen eliminada--

Harker

CATEGORÍA DE ADULTOS

FINALISTA
–SANGRE PARA DOS–

Autor: David Periñán Yuste

Pseudónimo: Maese Pérez, el Organista

SANGRE PARA DOS

Tan pronto cruzó la esquina de la calle se topó con la galería comercial en la que se encontraba la consulta. Muchas tiendas y locales permanecían abiertos a esa hora, lo que no era infrecuente ya que aquella zona de la ciudad se había convertido en punto de reunión de muchos jóvenes y personajes de lo más variado.

Se detuvo a observar y pudo ver un videoclub con un gran letrero luminoso que anunciaba alquiler de videojuegos y películas en diversos formatos, donde ofertaban además conexión a internet hasta altas horas de la madrugada. Había varios restaurantes y tiendas de ropa. Incluso un salón recreativo, que por entonces casi habían desaparecido, gozaba de una gran clientela que entraban a gastar su dinero en jugar a los bolos, o bien en una máquina de baile que se había hecho bastante popular entre los muchachos, los cuales se reunían alrededor de ella esperando su oportunidad de impresionar a las chicas.

Su destino sin embargo era muy distinto. El local en el que se ubicaba la consulta sólo tenía un cartel iluminado

con letras negras sobre un fondo blanco. Contrastaba con lo vistoso del neón de una tienda de tatuajes que se encontraba a unos metros de distancia. Adam Smith comenzó a caminar y subió lentamente la escalinata que separaba la calzada de los comercios y otros locales que allí coexistían. Un grupo de jóvenes ataviados a la moda pasaron junto a él discutiendo sobre los planes para esa noche. Se detuvo ante una puerta de cristal. En ella había un cartel impreso en letras bien grandes que anunciaba el horario de atención al público. Miró hacia arriba y observó una vez más el letrero inerte y frío en comparación con los colores y vistosos anuncios del resto de la calle. Solo rezaba en él la inscripción: CENTRO DE TRANSFUSIONES.

Empujó la puerta y se halló ante una amplia consulta en la que un par de personas esperaban sentadas a que sus nombres sonaran por el altavoz. Se dirigió al mostrador y una joven agradable de aspecto saludable le saludó. Cruzaron algunas palabras y le extendió un cuestionario rutinario que debía de rellenar y un bolígrafo con el logotipo de la organización.

Tomó asiento al fondo de la estancia, de espaldas al ventanal que se abría a la calle. El sillón era lo bastante cómodo para que le permitiera escribir sin tener que

encorvarse demasiado. Respiró hondo y contempló una vez más la estancia que se abría ante él. Todo estaba muy limpio y ordenado. Un blanco inusual lo envolvía todo, solamente salpicado por los discretos carteles que adornaban las paredes y que le animaban a donar con frases de agradecimiento y sonrisas algo artificiales.

Un pensamiento le sobrevino como era ya costumbre desde que ocurriera el incidente. Sin embargo lo apartó momentáneamente de su cabeza y se dispuso a rellenar el formulario que tenía reposando sobre sus piernas. Comenzó a rellenarlo con letras mayúsculas y pronto completó toda la hoja.

Sabía que lo que estaba haciendo estaba bien. Hasta hacia unas semanas nunca se había planteado convertirse en donante. Pensaba que ese tipo de cosas siempre las hacían otros y que eso era más que suficiente. Sin embargo los acontecimientos acaecidos recientemente le habían hecho cambiar de opinión, abrieron su mente a la importancia del hecho en cuestión que iba a realizar.

De pronto reparó en que la joven que atendía la recepción se encontraba frente a él. Estaba tan absorto en sus pensamientos que no se había percatado de ello. Le preguntó si había terminado, a lo que asintió con la cabeza, y con una sonrisa le indico que le llamarían en

unos minutos. Al poco sonó un nombre por megafonía y una mujer de mediana edad que reposaba en uno de los laterales de la sala se dirigió a la puerta que estaba frente a él. Un joven que allí esperaba la invito a entrar y la puerta se volvió a cerrar.

Pasaron unos diez minutos cuando su nombre sonó acompañado de un chasquido metálico. La puerta frente a él se abrió nuevamente y ante ella el mismo joven que acompañó a la mujer le esperaba con una amplia sonrisa. Se levantó pensando una vez más que hacía lo correcto y cruzó el umbral hacia un largo pasillo con puertas a ambos lados. De nuevo ese blanco casi cegador, interrumpido por los carteles que anunciaban con números las distintas salas de extracción. Entró en la segunda puerta de la izquierda marcada con el numero 3.

Allí una camilla y una máquina adosada a la pared bastante sofisticada según le pareció a él le aguardaban. El joven le indicó que se tumbara y se relajara. El proceso duraría alrededor de treinta minutos. Se quitó su sencilla chaqueta y se arremangó hasta el codo. Una vez todo estuvo dispuesto, vio la aguja unida a un largo tubo flexible y translucido que llegaba hasta la máquina de su izquierda. Este hecho en sí hacía tal operación inusual, ya que normalmente la recogida se efectuaba directamente en

bolsas preparadas para este fin. Sin embargo no quiso darle importancia, el momento había llegado, simplemente quiso creer que era algún tipo de técnica nueva que hacía el almacenaje de la sangre más sencilla.

Una vez más pensó que hacia lo correcto. Notó un agudo pero soportable pinchazo en su brazo. Una luz parpadeaba en un panel ubicado junto a la puerta. El enfermero respondió en voz baja como si no quisiera que lo escucharan. Adam creyó oírle decir algo acerca de que un pedido que estaría listo para ser servido en un rato. A continuación desconectó el indicador luminoso. Su acompañante se dirigió a él y le indico que volvería en un rato, que no tardarían demasiado. De esta manera y para su sorpresa se quedó sólo en la estancia.

El líquido vital fluía lentamente a través de la sonda conectada entre hombre y máquina. Notaba como se escapaba cada gota de sangre. En aquel silencio podía oír como su corazón bombeaba rítmicamente el fluido a través de sus arterias, y de estas a aquel trasto de metal de la pared. El espeso elixir de vida, rojo intenso, se alejaba de su continente para depositarse y almacenarse con el fin de ayudar a quien pudiera necesitar de él.

Un pensamiento le golpeó nuevamente e hizo aflorar dolorosos recuerdos, los cuales le habían motivado a

realizar aquella proeza altruista. Si más personas se comprometieran con este fin quizás su padre seguiría todavía con vida. Cerró los ojos y se abandonó a tan triste pensamiento.

Dos semanas antes viajaba a Manchester desde Seattle por asuntos de negocios cuando recibió la noticia. Su padre había sufrido un accidente de tráfico y quedó atrapado casi una hora en el vehículo hasta que consiguieron liberarlo. A consecuencia de ello perdió mucha sangre y necesitaba urgentemente una transfusión para sobrevivir. Por desgracia esa misma mañana las reservas de tan escaso fluido se agotaron debido a un terrible accidente ferroviario. No pudieron encontrar un donante a tiempo y su padre falleció de camino al hospital.

Las lágrimas rodaron por sus mejillas, no pudo contener su emoción ante el pensamiento que arañaba y le desgarraba desde su interior. Estaba decidido a que esto no volviera a sucederle a otro, y es por lo que se comprometió a donar con regularidad. A pesar de su dolor, se sentía bien. Sabía que obraba correctamente, y que esto ayudaría a evitar otros casos como el de su padre en un futuro.

Así quedó tendido en aquella habitación. Con aquel pensamiento en su mente, mezcla de tristeza y esperanza para muchos otros.

Mientras tanto en el local contiguo, un grupo de personas charlaban animadamente sentadas en sus mesas. Un salón ricamente adornado en el que diversos camareros iban y venían sirviendo a los clientes. Muchos bebían pero ninguno probaba bocado. A la entrada del local un portero de gran tamaño seleccionaba a la clientela, manteniendo lejos las miradas de los indiscretos viandantes cada vez que pasaban dentro algunos de sus clientes. Al fondo de la estancia, en la pared que servía de frontera entre este local y el centro de trnsfusiones se extendía una gran barra de madera y mármol. Una hilera de grifos salían de la pared y sobre cada uno de ellos se podían leer extrañas inscripciones con letras y números. Justo encima de los carteles había unos pequeños cuadros con luces, y en ese momento un piloto se iluminó sobre uno de ellos, como si algo estuviera listo para su uso.

Un camarero abrió el grifo y rellenó dos copas que llevó a una de las mesas. Los clientes fijaron su mirada sobre el líquido de un rojo intenso que se depositó ante ellos. Su sonrisa de satisfacción dejó ver unos largos

colmillos, y fue seguida de sonoras risas mientras apuraban su copa de tan vital elixir.

Parece ser que el señor Smith conseguiría después de todo lo que pretendió al convertirse en donante de sangre: dar la vida a muchos otros…

CATEGORÍA DE ADULTOS

FINALISTA
–AL SERVICIO DE SU MAJESTAD–

Autor: Alberto Lominchar Pacheco

Pseudónimo: Ginés Torrijos

AL SERVICIO DE SU MAJESTAD

El rey de las Españas, Nuestro Señor Fernando el Séptimo, pasa revista a mis punzantes colmillos. Así es, y lo hace aquí, en la antesala de sus regios aposentos. Para llevar a cabo esta operación, el monarca se ha apertrechado de un palito de madera, pulido y brillante, con el que hace hueco en nuestras cavidades orales. A su lado, su ayuda de cámara, provisto de un buen velón de los de misa de difuntos cara, proyecta el resplandor de la llamita para iluminar el quehacer del soberano. Y yo me dejo hacer, aunque este maniobrar entre mis dientes, esta detestable exploración, pudiera parecer de lo más humillante a cualquier hijo de vecino. Pudiera parecerlo, sí, pero lo incómodo del trance se hace más llevadero si el que improvisa como barbero sacamuelas es el máximo dignatario de tu propio país. Además, y como por aquello de que mal de muchos es consuelo de tontos, aunque consuelo al fin y al cabo, no soy el único al que el monarca anda hurgando en sus piezas dentales: Formo parte de una fila en perfecta agrupación militar, con esa posición

rígida del “cuádrense” que nos es tan familiar en la carrera castrense. Somos la élite de la Guardia Real, y nuestra casaca roja y bruñidos correajes nos hacen brillar de orgullo aun a pesar de padecer este hurgar tan denigrante.

—¡Tremendos colmillacos, carajo! Estos le van a hacer “pupa” a algún perro liberal –comenta, ufano, el rey, al ver mis instrumentos de trabajo en perfecta limpieza y estado.

—No se llaman colmillos, Su Majestad. Su nombre científico es “caninos” –corrige, inconsciente del peligro que ello supone, el médico real.

—¡Si yo digo que son colmillos es que son colmillos, matasanos! –grita el monarca–. ¡Y tú, menos gramática parda y más atajar mi gota, curandero del demonio!

El galeno se retira presuroso del lugar del crimen, siempre de cara al regente y realizando tremebundas dobleces de espinazo mientras camina hacia atrás para abandonar la sala.

Pues sí, en fin. Heme aquí, convertido en un “no muerto”, un succionador de sangre al que los mortales llaman “vampiro”, espectro cuasi inmune al deceso, pero honesto siervo de la corona, siempre al servicio de Su

Majestad. ¿Que cómo he llegado a esto? Sencillo. Por puro amor a la patria.

Hace bien escasas fechas, y estando de servicio en vigilancia de Palacio, mi inmediato superior pidió voluntarios para formar un cuerpo de choque que estuviera en vanguardia en la lucha contra masones, impíos, republicanos y otros liberales del mismo jaez.

—Pues ahora mismo se presenta el sargento Jacinto Remendales, para lo que usía y su Majestad quieran mandar –repuse yo, ipso facto, viendo una probabilidad de obtener un jugoso ascenso.

Y, la verdad, cosas de los pocos años y la menos sangre que me irrigaba la sesera, porque, luego de que me hubieron informado en profundidad del proyecto, ya no hubo forma de echarse atrás.

Se trataba, en resumen, de renunciar a mi humana existencia, convertirme en adicto al rojo fluido de la vida y abandonar todo contacto con parientes y amigos, para tomar el papel de asesino oscuro y silencioso, amante de las sombras y la oscuridad, perpetuo adorador de la noche. Para ello hube de ser mordido por un noble de rancio abolengo, Don Íñigo de Alzate, capitán de los tercios de Flandes, que se había reenganchado al ejército español

después de haber estado dando tumbos por media Europa desde que, según el mismo nos contó, sufrió la mordedura de un perjuro protestante en una escaramuza ocurrida en 1585 cerca de Bruselas:

—Vagar y vagar, succionar cuellos de bellas damas y alegres señoritas, está bien por un par de centurias, pero al final se vuelve monótono y aburrido. Además, ¡qué coño!, el uniforme tira mucho y ya iba siendo la hora de prestar nuevos servicios a las Españas –comentaba el tipo, mientras se mesaba su hiperbólicos bigotes y preparaba mi yugular para hacerme entrar en su milenaria compaña.

Y desde ese momento, pues, hasta ahora, donde cada noche es una excursión en busca de los elementos que se atreven a oponerse al buen reinado de Don Fernando, que, por otra parte, no hace más que cumplir con los designios divinos y el orden jerárquico más natural.

La idea, el plan maestro de defender el trono y la religión utilizando para ello a seres que, paradójicamente, son de una impiedad supina, surgió de Chamorro, ese aguadorcillo de poca monta que ejercía en la fuente del Berro. Este personaje, a base de chabacanería, rijosidad y omnipotente adulación, se ha hecho un hueco entre los máximos consejeros del monarca, al que, según cuentan, le va la fiesta como al “manolo” más pintado de Lavapiés.

Espías del tal Chamorro pusieron en contacto al antiguo aguador con Don Íñigo de Alzate, el cual, al enterarse de la baja ralea de su interlocutor, sólo acertó a exclamar:

—¡Qué asco! Descender a parlamentar con esta basura plebeya…

Pero el mando es el mando, pues el rey es omnímodo e infalible, y el noble servidor de los Austrias inclinó la cerviz ante el regente Borbón, que, como sus ancestros, estaba fuera del ámbito de la equivocación.

Pues bien, del encuentro entre el noble vampiro y el intrigante de Chamorro ha devenido, finalmente, este comando de no-muertos/militares y ha cambiado para siempre, como ya pueden usías entrever, mi existencia. Lo cierto es que ya me voy acostumbrando a mi nueva identidad, haciéndome al uso de los que, cuidando de su salud, huyen presurosos del dios Helios. Tan sólo -y aparte de mis lazos familiares, echo de menos el bullicio, la alegre jarana del Madrid a pleno día, ese bullir luminoso de las gentes y las cosas, en ese otro teatro de allende los muros de Palacio. Y mira que yo era religioso, que no pasaban dos días sin que asistiera a un oficio… Pues de eso, ni acordarme. He pasado, en un santiamén, de beato meapilas a persistente e irredento impío. Pura prevención, por aquello de conservar el pellejo, ya saben, que no hay

crucifijos ni aguas bautismales que le caigan bien a uno de mi calaña. Y es el ver un hábito… Cosa visceral, ya les digo. Y si no, que se lo pregunten al obispo de Zaragoza, que tuvo la brillante ocurrencia de dejarse olvidado en sus aposentos su camafeo de plata cuando vino a real audiencia. Leoncio Miralles, uno de los nuestros que ya de humano tenía sus tendencias blasfemas y tabernarias, atinó a cruzarse con Su Eminencia en uno de los interminables pasillos del regio alcázar y se abalanzó a su cuello, aferrándose a él como si aquella fuera su última sangría. Se necesitaron a lo menos veinte hombretones de la guardia personal del rey para reducir al interfecto y quitárselo de encima al ministro del Señor. El pobre diablo, cuajado de estocadas y mandobles, aún gritaba sin parar: “Dejadme que lo apure, condenados, dejadme que lo apure”.

Este hecho confirma la idea que ahora quiero desarrollar, a saber: Que aun siendo ésta profesión aventurera y patriótica, no anda exenta de riesgos, pues todo cristiano sabe que los de mi raza también pueden descender, de un momento a otro, a las moradas de las sombras y el silencio. Así lo hizo, hace escasas fechas, Paquito Echegaray, mi risueño camarada y compañero de promoción (en aquella olvidada vida y en esta presente no-

vida), al que los perros masones tendieron una celada y escabecharon la otra noche, cortándole la cabeza y clavándola después en una pica que adornó una céntrica plaza de la ciudad hasta bien entrada la mañana. Con ello los rebeldes pretenden demostrar que no se arredran ante nosotros. Y como muestra, ese botón; o esa testa, la de Paquito, exhibiendo esa sonrisa vidriosa y ya congelada en el tiempo, esa mueca tragicómica de ojos ausentes, colmillos insinuantes y lengua fuera, para escarnio de una estirpe que se supone inmortal.

No tuvo mejor fin el capitán Tiburcio Pardo. A éste lo cazó en pleno vuelo un comité de la logia del Gran Oriente, derribándolo con una lluvia de estacas propulsadas por ballestas, impregnadas las primeras -para más “inri”- con óleos santos procedentes de la iglesia de San Ginés. Al desgraciado también le cortaron la cabeza y la emplazaron debajo de sus posaderas, dentro de un sucio ataúd colmado de olor a ajo.

Puede parecer, al dar estos someros datos, que me quejo de mi condición, pero no es así, pues sé que todo enfrentamiento con el enemigo entraña cierto riesgo. Con harta mayor razón, sin embargo, podría darles lamentos acerca de las precarias condiciones en las que se desarrolla nuestra existencia, ya que no son, de ningún

modo, un dechado de comodidad precisamente. El caso es que nuestro hogar lo compone una cripta oscura y pestilente excavada, ex profeso, en las entrañas más profundas de Palacio. La lobreguez del garito no obsta para que hayamos distribuido nuestros catafalcos conforme a una perfecta alineación castrense, cual si puestos en formación y prestos a pasar revista. El antro, que por descontado carece de ventanas, alivia nuestros cansancios y nos protege de la luz solar.

Tampoco nos es sencilla la cuestión del sustento, ya que no todas las noches se nos encarga un “trabajito”, y no es cosa de cerrar la tapa de madera sin haberse llevado algo a la boca antes. Cuando esto sucede, la necesidad nos obliga a realizar ciertas prácticas vergonzantes. Al estarnos vetado por real orden alimentarnos a discreción, se nos obliga a buscar nutrientes precarios, de ínfima calidad, en la plaza de la Cebada. En este punto, centro de ejecución de la Villa, rebuscamos entre los despojos del verdugo. Pues bien; henos allí como buitres, hocicando entre los cadáveres antes de que su sangre coagule definitivamente, a través de cuerpos portadores de una tibieza que aún se resiste a abandonar la vida. Ese sabor rancio, a fruta pasada, he de reconocer que me repele,

pero el hambre es más fuerte que cualquier otro remilgo y vence, por otro lado, todo tipo de escrúpulo.

Por lo demás, yo cumplo con mi cometido puntillosamente, orgulloso de haber sido elegido para tan alto destino por el rey de las Españas. Primeramente recibo el informe de nuestros espías, infiltrados en los conciliábulos liberales, en los que se señala los objetivos a anular. Después lo analizo al detalle, me pongo en situación y entro a la espera para ejecutar la orden de ataque. Cuando mi superior da el visto bueno, me lanzo a la misión contento de poder aplacar mi ansia de sangre humana sirviendo a Fernando el Séptimo a la vez, lo cual, habré de reconocer de nuevo, me hace reventar de orgullo.

Al principio, mi cometido resultaba asaz sencillo, pues los antipatriotas esos huían como ratas ante mi superioridad física e intelectual. En un desfile interminable que tachona mis noches de servicio, los he visto palmar de múltiples modos. Han caído como guiñapos, patéticas marionetas, peleles amorfos e indefinidos, cuando desprovistos de su aliento vital. Para mí son simples surtidores de plasma que acaban invariablemente tiesos, amojamados, momias inermes que ya han cumplido su necesario papel en esta función de supervivencia.

Tan sólo una vez, he de reconocer, no llegué a cumplir con la tarea encomendada: En aquella ocasión, se trataba de un joven poeta de cierto renombre, que fabrica libelos insultantes contra la corona. En plena madrugada, me asomé a su ventana de un segundo piso: El escritor se afanaba en sus trabajos, ojeroso e insomne, a la débil luz de una bujía. Reventé los cristales, penetrando como una exhalación en su modesto despachito. Él, ajeno a todo temor, se levantó con parsimonia de su asiento y me sostuvo fríamente la mirada, en un derroche de valentía o desapego a la vida. Quizá este gesto, quizá el hecho de que un poeta, a semejanza de nuestra estirpe, es un ser torturado y solitario, me hizo ver su muerte como algo innecesario y desagradable. De un soberbio empujón, estrellé su liviano cuerpecito contra una estantería repleta de libros viejos que se hallaba al otro lado de la estancia, dejándole sin sentido. Acto seguido, arramplé, en apresurada cosecha, con un buen manojo de sus poemas; esos poemas que aún hoy acompañan el persistente insomnio de mis días.

Mas el rey impone la realidad y me saca de mi ensimismamiento, dirigiéndose a mí tras haber pasado concienzuda revista a su tropa de élite.

—Le felicito por sus méritos, sargento Remendales –me espeta con su acento amanolado y castizo–. Dada su brillante hoja de servicios, no será de extrañar que pronto yo mismo sugiera su ascenso a capitán.

—Si así fuera, grande sería la merced que Su Majestad me dispensa -replico yo, fuera de mí por el gozo-. Pero quisiera hacer constar a Su Majestad que ya me doy por harto bien pagado con el mero hecho de poder servir a su augusta monarquía.

—¡Bah, no seas modesto, Remendales! –insiste el rey– Rodeado de inútiles como estoy, bueno será que recompense a los pocos que tan brillantemente cumplen con mis deseos.

Don Fernando el Séptimo está entre nosotros en su salsa, y sabe que nada debe de temer en esta compañía: Su condición de hemofílico es una garantía más que suficiente de que vamos a respetar su integridad, ya que su sangre, aunque me duela horrores el decirlo y por muy real que sea, es de ínfima calidad.

Pues bien; Su Majestad se retira, satisfecho, “a sus reales aposentos”, aunque todos sabemos que esta noche, mientras algunos laboramos, él se irá de jarana a casa de Paca, la Malagueña, en compañía del duque de Alagón y

de riguroso incógnito- y, de inmediato, nosotros recibimos las órdenes de “descansen” y “rompan filas”, las cuales nos indican que la oscuridad, una vez más, habrá de darnos cobertura en el sagrado deber de proteger a la patria.

CATEGORÍA JUVENIL

Primer Premio: María Fernández Abanades

Finalista: María Alcocer Expósito

Finalista: Paula Buedo Torrejón

****

CATEGORÍA JUVENIL

PRIMER PREMIO
–DONDE DUERMEN LAS MARIONETAS–

Autora: María Fernández Abanades

Pseudónimo: Titanic

DONDE DUERMEN LAS MARIONETAS

Clavó sus colmillos afilados en su fino cuello de porcelana. Como testigos, los cientos de ojos de cristal de las marionetas de los estantes.

Alzó la vista y miró las estrellas. "Parecen un río", pensó, al mismo tiempo se secó con el dorso de la mano los dos ríos de sangre que bajaban por las comisuras de sus labios.

* * *

Corrí calle abajo con la lluvia empapándome la ropa. No eran formas de presentarse al trabajo, y lo sabía. Nic me daría el peor caso.

Entre por la puerta jadeando y calada hasta los huesos. Me senté en mi sitio pensando por un momento que había conseguido pasar desapercibida, no duró mucho.

—Señorita Vallés, puede decirme qué hora es –preguntó mi jefe interrumpiendo su largo y monótono discurso. Todas las miradas de la sala se giraron hacia mí que me limité a bajar la vista avergonzada. Me giñó un ojo disimuladamente.

Tengo que admitir que hubo un tiempo en el que mi jefe y yo fuimos algo más que eso, pero donde antes hubo fuego, ahora solo quedan rescoldos. A pesar de ello Nic y yo seguíamos siendo amigos, y muy buenos amigos.

La reunión terminó media hora más tarde durante la cual hice cadenas entrelazando los clips que tenía encima de mi mesa.

—Nuevo caso –dijo Nicolás dejando una pila de papeles sobre mi mesa.

Puse cara de pena aunque no me sirvió de nada. Obtuve un “Léetelo, anda. Luego ya me cuentas” por respuesta así que bajé la vista y empecé a leer.

El caso en esencia no parecía gran cosa: hace apenas dos semanas, un camionero encuentra una niña vagando sola por la autopista en plena noche. El hombre, asustado se apresura a llevar a la niña al hospital, donde determinan que por su estado general, la pequeña debe de haber estado sin comer más de seis o siete días.

En todo este tiempo la niña no dice una palabra.

—Es la hija pequeña de este matrimonio –dijo Nic acercándose a mi mesa–. Mira la foto. Sus padres y su hermana están en paradero desconocido desde hace tres meses. Se llama Clara Villaverde.

—¿No tiene más familia? –pregunté.

—No. Sus padres eran huérfanos, sin hermanos. La niña está en el Gregorio Marañón. Ve e intenta avanzar algo con ella, ya he avisado de que vas. Si alguien puede resolver este caso esa eres tú.

—Creo que me sobreestimas –dije yo, aunque para ser justos, era cierto que yo era la mejor.

Cogí mi coche y puse rumbo al hospital. Estuve allí en menos de media hora.

—Hola Clara –dije cuando entré a su habitación. Estaba sentada, encima de la cama, viendo la tele. En realidad, creo que no la estaba viendo, que solo la estaba mirando con esos enormes ojos verde aceituna que se giraron hacia mí. No tendría más de cinco años.

Nos quedamos un rato en silencio hasta que los ojos se le empezaron a llenar de lágrimas y rompió a llorar, bajó de la cama y se abrazó a mí.

—Los echas de menos ¿verdad? –pregunté enseñándole la foto que me había dado Nicolás.

Sus deditos acariciaron la fotografía. Pero negó con la cabeza. Volvió a quedarse callada.

—En el museo de las marionetas –me dijo en un susurro.

Ya me había dicho bastante. Me despedí de ella prometiéndole que le traería de vuelta a su familia y cogí el coche de camino a la oficina.

—Nicolás –dije entrando en su despacho–. ¿Dónde fue la última vez que se vio a esa familia?

—En la Calle de la Encarnación nº 323. Entraron a comprar una botella de agua, el comerciante fue la última persona en verles. No creo que te pueda dar mucha información, es chino.

Cogí mi ordenador y busqué “marionetas calle de la encarnación”. Bingo. En la calle de la Encarnación había una casa museo con la mayor colección de marionetas de Madrid.

Le conté brevemente a Nicolás lo que me había dicho la niña. Que sospechaba que podían estar allí, que era imposible que fuese una casualidad y que, si existía alguna

posibilidad de que siguiesen con vida, no podíamos perder más tiempo.

—Voy contigo. No sabes lo que te vas a encontrar, y el protocolo exige como mínimo dos agentes –me dijo.

* * *

Llevaba investigando casos como este desde hacía más de diez años. Sin embargo, cuando me subí a ese coche con Nic al volante supe que algo nos iba a ir mal. Que íbamos directos a la boca del lobo.

Estuve todo el viaje diciéndome a mí misma que todo iba a ir bien, que no había nada de qué preocuparse, que en la oficina sabían dónde estábamos y que si no habíamos vuelto en unas horas nos echarían de menos. Sin embargo, no pude quitarme ese sentimiento de intranquilidad en todo el viaje. Nic, por su parte parecía muy calmado.

El edificio era antiguo y no tenía ascensor, así que tras subir un buen tramo de escaleras por fin llegamos a la casa.

Un cartel de madera que rezaba “Casa Museo de Marionetas de Madrid” nos dio la bienvenida.

La puerta estaba abierta y al empujarla chirrió como si llorara.

Un escalofrío me recorrió de arriba a abajo. Cogí a Nic de la mano y me devolvió el apretón con fuerza.

—Policía –dijo con voz grave–. ¿Hay alguien? –su voz retumbó por toda la casa.

—No somos cualquiera, viajamos entre espejos y crees que es un sueño. Pero nunca es un sueño. Siempre es real, como las estrellas del techo.

Una mujer de avanzada edad apareció de entre las sombras y encendió la luz de la sala, que aun así, seguía siendo oscura.

Pese a la escasa luz, pude ver que los estantes estaban repletos de marionetas. Todas distintas, como copos de nieve. Y sus ojos… parecía que te siguiesen con la mirada, era como si estuvieran vivos.

El techo estaba forrado con papel pintado que intentaba imitar un cielo nocturno estrellado. Repetí en mi cabeza las palabras de la mujer “Viajamos entre espejos y crees que es un sueño… es real como las estrellas del

techo”. Al final de la sala había un espejo, y fue entonces cuando caí en la cuenta de que no podía ver el reflejo de la mujer. Sentí que me mareaba.

La mujer se acercó a nosotros y yo abrí la boca para decir algo.

Apenas fueron décimas de segundo. Caí al suelo. No sabía que me pasaba pero de repente noté un dolor agudo en el cuello y pude ver los afilados colmillos de la mujer cerniéndose sobre él.

Noté mi sangre resbalar por el brazo y formar un charco debajo de mí y vi a Nicolás intentando en vano reducir a la mujer.

Todo se volvió negro y ya solo podía oír. Oír los gritos de Nicolás y oírle caer al suelo. Oír a la mujer tragar nuestra sangre.

Y antes de que todo acabara para siempre agarré la mano a Nicolás porque no quería pasar a la eternidad sola y, en un último esfuerzo miré al techo. Miré las estrellas del papel pintado que ahora parecían completamente reales…al igual que los vampiros.

* * *

Los cuerpos de los agentes Nicolás Redondo y Adela Vallés continúan a día de hoy en paradero desconocido. El ser que vive en la casa museo de marionetas sabe que ese día se llevó algo más que su sangre. Atesora las almas de sus víctimas en las marionetas de los estantes para que contemplen impasibles como caen las moscas en su telaraña.

CATEGORÍA JUVENIL

FINALISTA
–SU VÍCTIMA PREFERIDA–

Autora: María Alcocer Expósito

Pseudónimo: Alyss Arquero

SU VÍCTIMA PREFERIDA

Me desperté en mitad de la noche a causa de una pesadilla. No recordaba muy bien sobre qué trataba, pero me sentía mal. La cabeza me daba vueltas y tenía la garganta seca. Me levanté dispuesta a ir a la cocina a por un vaso de agua y de paso miré la hora: eran las dos y cuarto de la madrugada. Olvidé mis zapatillas en la habitación porque supuse que no iba a tardar mucho en coger un vaso de agua y bebérmelo. Bajé las escaleras y comencé a caminar por el oscuro pasillo con los brazos estirados, palpando las paredes para no chocarme con nada. Notaba el frío suelo bajo mis pies, y de vez en cuando me daban escalofríos. Al fin, llegué a la cocina, y abrí el grifo esperando a que el agua corriese para poder tomarla fría. Al terminar de beberme el vaso entero me di la vuelta, aún medio dormida. Cuando pasaba justo por delante de la puerta principal, escuché que la golpeaban tres veces seguidas.

—Vaya –me dije a mi misma, mientras me frotaba los ojos–.¿Qué querrán a estas horas?

Me acerqué a paso lento mientras esa persona seguía llamando insistentemente.

—¡Voy! –murmuré, lo más bajo posible para no despertar a mis padres.

Al mirar por la mirilla de la puerta, atisbé allí a un hombre vestido de etiqueta, con su pelo negro como el carbón peinado a modo de tupé. Dudé en abrir unos instantes, pero él seguía llamando a la puerta. Pensé que podría necesitar algún tipo de ayuda y al final me coloqué un poco el pelo, pretendiendo parecer lo más normal posible, y abrí.

Al hacerlo, el enigmático señor paró de llamar y esbozó una sonrisa de oreja a oreja.

Acto seguido, con un extraño acento, comenzó a hablar.

—Muy buenas noches, señorita –dijo.

—Hola, buenas –contesté, entre bostezos.

—¡Oh! Parece cansada, espero no haberla despertado.

—¡No, no! –respondí rápidamente, intentando esconder lo molesta que me encontraba–. Estaba despierta, y puedes tutearme.

El señor se rio con una estridente y desagradable carcajada que se oyó por toda la casa.

—¿Por qué haces eso? ¡Vas a despertar a mis padres! –le reñí, aunque lo único que hice fue provocarle otro ataque de risa aún mayor sin ningún motivo.

Mientras aquel hombre extraño seguía riendo, y viendo que yo no podía hacerle parar, puse los ojos en blanco y me quedé en el umbral cruzada de brazos. Al percatarse de que estaba perdiendo la paciencia, su risa cesó.

—Lo lamento –dijo, aunque aún esbozaba una gran sonrisa–. Bueno, a lo que he venido, ¿me das sal, por favor?

Me retiré de la puerta y apreté los puños con fuerza. ¿Quién llamaba a las dos y cuarto de la mañana a una casa ajena con gente totalmente desconocida sólo para pedir sal?

—No tenemos sal –le contesté fríamente, intentando parecer lo más cordial posible a pesar de mi enfado. Luego, me dispuse a cerrar la puerta–. Buenas noches.

Sin embargo, me sorprendí al ver que él había puesto su pie derecho entre el escalón que separaba la puerta del exterior y esta, impidiendo que se cerrase.

-Nadie- comenzó a decir, con una voz que ponía los pelos de punta -y repito, nadie me desobedece. Tienes sal, lo sé.

Me quedé paralizada del miedo, bien por su amenaza o bien por el tono de voz que había empleado.

—Un ... un momento –tartamudeé, mientras echaba a correr hacia la cocina.

Llegué y me volví hacia la puerta para comprobar si él seguía allí o si, para mi suerte, se había ido. Pero allí estaba. Y me miraba de una forma fulminante, como si quisiese desintegrarme con los ojos, que ahora parecían haberse vuelto rojos como la sangre. Le di la espalda unos segundos para coger el salero, fue poco tiempo; mas, al darme la vuelta, él ya no estaba allí. Miré a mis lados y atravesé la cocina lentamente. Mi corazón latía muy rápido, tanto que pensé que en cualquier momento iba a salirse de mi pecho.

Me acerqué con paso lento pero decidido a la puerta de entrada principal. Quise comprobar si ese señor se había ido o por el contrario se había metido dentro de mi casa, cosa que me asustaba mucho. Empecé a andar por el amplio pasillo hasta subir por las escaleras y llegué a mi habitación. Abrí la puerta y me metí dentro sin hacer ruido.

Deseaba quedarme allí y despertarme al día siguiente como si todo hubiese sido un amargo sueño; sin embargo, vi a aquel señor entrar en el cuarto de mis padres sigilosamente y sentí que debía entrar tras él y ayudarles. Aunque un intenso terror me recorría, me aventuré hasta el final del pequeño pasillo que separaba nuestros cuartos, donde estaba su habitación. La puerta estaba cerrada. Intenté entrar pero habían cerrado con pestillo por dentro. De repente, me sobresalté al escuchar la voz de aquel señor a mi espalda:

—Hola –me dijo.

Me di la vuelta. Allí estaba, sonriendo..., y levitando a tres palmos del suelo. No podía articular palabra, sólo al cabo de un rato pude decir con un hilo de voz:

—¿' Que'... qué, eres?.

Otra vez él soltó aquella estridente y molesta carcajada. Yo no reaccioné.

—Vaya –murmuró, a la vez que dejaba ver sus colmillos llenos de sangre–. ¿De veras no lo has adivinado todavía?

Tragué saliva. No podía moverme y me faltaba la respiración. Sin embargo, alcé la voz y hablé.

—Abre la puerta –señalé la entrada al cuarto de mis padres.

—¿Para qué? Ya no hay nada que hacer por ellos.

De pronto me derrumbé. Comencé a llorar como nunca antes lo había hecho en mi vida mientras golpeaba la puerta tratando de derribarla. Pero no podía. No tenía fuerzas. Ya no tenía nada.

-¡He dicho que abras la puerta!-le ordené, gritando lo más alto que pude.

Al instante, sus ojos se volvieron rojos como el fuego y se fue abalanzando sobre mí.

Yo, sin saber muy bien lo que hacía, salí corriendo hacia la cocina.

Una vez allí, me refugié tras la isla que había ante la encimera a la vez que cogía una sartén que estaba colgada encima de esta. Procuré no hacer nada de ruido mientras él entraba en la cocina y me enjugué las lágrimas. Mi plan era escapar por alguna puerta o ventana, pero no sabía por dónde.

—¿Dónde estás? –susurraba aquel ser, merodeando por mi cocina -Sabes que tarde o temprano te encontraré, y no podrás escapar ...

Fui girando alrededor de la isla para que no me viese, hasta que se situó muy cerca de mí y me levanté rápidamente con la intención de golpearle con la sartén. Sin embargo, sus veloces reflejos hicieron que su mano me detuviese antes de hacerlo.

—Pretendías darme con una sartén en la cabeza, ¿eh? –dijo, riendo de la misma forma que anteriormente. Luego se puso serio -Me exasperas, niña. Sabes que no puedes conmigo.

—Yo no –sonreí, a la vez que me acercaba lentamente al cajón de las especias y sacaba una de ellas– Pero mi amigo el "ajo en polvo" sí.

Estiré el brazo y le rocié un poco en los ojos. Estos empezaron a arder mientras el vampiro gritaba.

—¡Ahora ya sí que no podrás escapar! –chilló.

Mas yo ya estaba corriendo por el pasillo en dirección al salón. Trataba de salir por mi ventana y alertar a los vecinos para que se llevasen a aquel hombre de allí y salvasen a mis padres. Ya tenía medio cuerpo fuera cuando alguien me agarró por la cintura. Tenía la esperanza de que fuesen mis padres que habían salido de su cuarto y se encontraban bien; tenía la esperanza de que

el vampiro me hubiese engañado respecto a ellos y de que me protegiesen hasta que lo sacasen de mi casa.

Sin embargo, me llevé la más amarga de las sorpresas: era aquel ser de nuevo.

—¿Nunca te han dicho que los vampiros somos más rápidos que cualquier persona? –me preguntó.

—¿Nunca te han dicho que las chicas siempre tenemos un as en la manga? –sonreí, mientras sacaba de mi bolsillo un tenedor que había cogido anteriormente de la cocina antes de marcharme y se lo clavaba en la mano izquierda, haciéndole una herida profunda. Acto seguido, salté por la ventana que daba a mi jardín–. ¡Adiós!

No lo podía creer, ¡estaba salvada! Ahora corría en dirección a la casa de mis vecinos, un matrimonio con un niño. Seguro que podrían ayudarme en algo. Llamé al timbre repetidas veces, pero nadie abrió.

—¡Vamos! –chillé, sabiendo que él vendría en cualquier momento -¡Deprisa, abridme!

—Demasiado tarde –volví a oír su voz–. Se acabó.

Bufé. De pronto, sentí que volvía a cogerme de la cintura y mis pies comenzaron a elevarse del suelo: un

metro, dos, tres... Al final, estaba volando. Sentí verdadero pánico.

—¿Dónde me llevas? –quise saber.

—Oh, ahora lo verás –se rio él, de la misma forma de siempre.

Pasamos mi casa. Yo iba observando como la herida que le había hecho anteriormente cicatrizaba a una velocidad asombrosa.

Dejamos atrás la ciudad y llegamos a un pequeño descampado. Estábamos a varios metros del suelo cuando él dejó de agarrarme.

—¡No, no! –le grité, pero él ya me había soltado y me precipité bruscamente hacia el suelo, cayendo sobre un costado.

Comencé a toser repetidamente. Veía borroso, pero pude vislumbrar como él aterrizaba sin dificultad y sacaba los colmillos, dispuesto a extraer cada litro de sangre de mi cuerpo. Reaccioné y, como pude, me levanté y me puse a correr sin rumbo fijo. Recorrí un buen tramo, pero él siempre aparecía delante de mí y me veía obligada a cambiar de dirección. Al final, cansada y aturdida, me derrumbé en el suelo. Al caer, me di un golpe en la cabeza con lo que parecía ser un muro. Ya no podía correr, el

descampado acababa ahí. El vampiro se acercó a mi con los ojos inyectados en sangre. Le miré con odio pero, sin darme cuenta, empecé a llorar.

—¿Por qué a mí? – susurré, y volví a toser.

—Eso dicen todas las personas que fallecen en mis brazos- fue su respuesta–. Pero, como eres mi víctima preferida, te mataré rápidamente para que no sientas nada. No como a tus padres... vaya, podían oírse sus gritos en kilómetros. ¿Tú no los oíste?

Al decir él esto, sentí una rabia tremenda. Todo mi dolor cesó, lo olvidé. Ya no sentía nada. Ya no temía a nadie.

—¡No te tengo miedo! –grité a pleno pulmón, y le propiné una patada tan grande en el tobillo que quedó cojeando unos segundos.

—Grave error –dijo, y vino a por mí.

Yo me levanté y me llevé la mano al bolsillo, tenía otro as en la manga. Sin embargo, al palpar no noté nada.

—Oh, no... –me desesperé, y me llevé las manos a la cabeza.

—¿Buscas esto? –sonrió, mientras me mostraba el cuchillo que había cogido de la cocina junto al tenedor para

una emergencia–. ¿Es que llevas toda la cubertería de tu casa en el bolsillo? Se te cayó cuando te estaba persiguiendo. Y ahora, despídete. Tú lo has querido.

Comencé a retroceder, pero volví a chocar con el muro de hormigón que limitaba el descampado.

—Tú has querido –repitió de nuevo el vampiro–.Te dije que no escaparías ... y no me hiciste caso.

Me tiró al suelo de espaldas y acercó el cuchillo a mi pecho. Forcejeé con él pero era muy fuerte. Me sujetó las manos. Ahora sí que estaba perdida.

Ahogué un grito cuando noté que me clavó el cubierto cerca del cuello y se fue hundiendo hasta acercarse a mi corazón.

—Por favor, no –supliqué, con un hilo de voz–. Para, déjame...

Sin embargo, él seguía con su tarea mientras soltaba otra de sus estridentes carcajadas.

—Te he dicho que eres mi víctima preferida, te di a elegir, y elegiste mal... –dijo.

Fui perdiendo el conocimiento hasta que mi corazón dejó de latir y todo se volvió negro.

De repente, desperté en mi cama, en mi cuarto, en mi hogar. Me incorporé y comencé a hiperventilar. Al cabo de un rato, me tranquilicé.

—Sólo ha sido una pesadilla –me dije–. Nada más que eso, una pesadilla.

Volví a tumbarme y sonreí. Traté de pensar en cosas buenas, sabiendo que mis padres estaban a mi lado y que nada de eso era real.

Sin embargo, estos pensamientos desaparecieron cuando miré el reloj: las dos y cuarto de la mañana.

Extrañada, dirigí mi mirada por toda la habitación hasta detenerme en el rincón donde estaba mi escritorio. Allí estaba, con sus ojos rojos brillando en la oscuridad; agachado, sonriendo..., esperando.

Sonreí, me giré y cerré los ojos tratando de dormirme de nuevo.

No tenía miedo, era extraño, pero estaba muy tranquila. Al fin y al cabo, era su víctima preferida.

CATEGORÍA JUVENIL

FINALISTA
–VAMPIROS ONÍRICOS–

Autora: Paula Buedo Torrejón

Pseudónimo: Fotógrafa de Palabras

VAMPIROS ONÍRICOS

—Quisiera ser quien era, solo por ti.

Su voz acompañaba al sonido del piano. Yo escuchaba absorta mientras miraba por la ventana. Fuera llovía, hacía frío. Mi respiración se condensaba en el cristal, formando un círculo de vaho, el cual, súbitamente, se duplicó. El piano había dejado de sonar y él entonaba los últimos versos de la canción junto a mí. Nuestras respiraciones comenzaron a alejarse. Cuando nos separaban varios metros me percaté de que era yo la única que me movía, la que estaba huyendo.

Él entreabrió los labios, como si fuese a decir algo, mostrando unos dientes afilados teñidos de rojo. Un hilo carmesí se deslizó por la comisura de su boca. El olor de la sangre me nubló todos los sentidos. De pronto, la habitación se llenó de huellas sangrientas. Corrí hacia la salida, abrí la puerta apresuradamente y ni siquiera me molesté en cerrarla. Bajé las escaleras de dos en dos, incluso de tres en tres, a veces. Todo daba vueltas, cambiaba de color. Los escalones parecían no acabar.

Tropecé varias veces antes de llegar a la calle. No sabía si me seguía, pero en mis planes no estaba comprobarlo.

Una vez fuera miré a mi alrededor y lo que vi me paralizó. En la acera de enfrente se repetía una y otra vez una sola secuencia: el portal del que acababa de salir yo, y de él saliendo una chica distinta en cada caso. Giré la cabeza hacia la izquierda, todas las chicas repitieron mi movimiento. Cambié la dirección de mi vista a la derecha (y conmigo todas ellas), y me encontré con lo mismo. Todas las chicas eran distintas: unas pelirrojas, otras rubias, morenas, castañas, peliazules, altas, bajas, orientales, europeas, africanas… Ni una sola igual, pero todas teníamos algo en común: huíamos asustadas del monstruo que habitaba en ese piso.

Sin perder más tiempo comencé a correr hacia mi izquierda, eligiendo la dirección completamente al azar. Todas echaron a correr hacia ese lado. Y todas nos chocamos contra una pared invisible. Cambié (y cambiaron) de dirección y ocurrió exactamente lo mismo. Intenté cruzar la calle, y me topé con otra pared, detrás de la cual me encontré con el rostro angustiado de una chica de las que actuaban como mi reflejo.

Todas estábamos atrapadas en nuestra propia caja de cristal. Todas ellas, que eran mi reflejo, que estaban en mi situación, que me enseñaban como iba a acabar.

De pronto apareció él, multiplicado por mil. Y todos avanzaron hacia sus víctimas, yo incluida, y las besaron. Me aparté y contemplé la escena. Esta vez nadie siguió mis movimientos. Una a una caían al suelo, presas del pánico y del dolor, entre chillidos de espanto y lágrimas, cubiertas de sangre. Sus cuerpos convulsionaron, se retorcieron hasta que quedaron en una postura imposible, sin vida, llenos de cortes y mordiscos. Desvié la vista de los cadáveres para encontrarme con mil ojos oscuros mirándome, solo a mí, y otras mil bocas chorreantes de sangre. Las barreras se evaporaron y él se abalanzó sobre mí mil veces. Grité, sin tiempo para huir, y me desperté gritando, cubierta de sudor y envuelta en un amasijo de sábanas. Miré a mi alrededor, todo parecía normal, hasta que me topé con la marca de una mano de sangre en mi ventana. Lo limpié rápidamente. Me vestí y bajé al comedor. Estaba sola en casa y no se oían los ladridos característicos de cada mañana, lo cual me extrañó. “Quizá mamá haya sacado a pasear a Raisa”, me dije, pero seguía siendo raro que lo hubiese hecho a esas horas. Me acerqué a la nevera y miré dentro, pero no tenía hambre.

La mancha de sangre en la ventana me preocupaba e imaginé que me había quitado el apetito. De todas formas, era demasiado siniestro como para darle demasiadas vueltas, procuraba no pensar en ello. Tampoco pensé en el sueño: llevaba un tiempo repitiéndose, aunque cada noche avanzaba un poco más. Ese fue el primer día que me veía encerrada en una caja invisible.

Salí a la calle y el sol me cegó completamente. Desvié la vista hacia la sombra proyectada por la pared, y vi un charco de sangre justo debajo de mi ventana, y una de mis camisetas más antiguas, cuya existencia ni siquiera recordaba, rasgada y embadurnada de barro y sangre junto a él. El aire huyó de mis pulmones, la cabeza me empezó a dar vueltas. Casi podía verme a mí misma, la noche anterior, quitándome la ropa ensangrentada y deteniendo una gota que asomaba de entre mis labios. Me fallaron las piernas, el dolor de cabeza se intensificó, me apoyé contra la pared y me dejé caer. Apoyé la frente contra las rodillas y esperé a que las sienes me dejasen de palpitar. Me acerqué al charco una vez reuní fuerzas suficientes como para poder levantarme y el olor a muerte hizo que me temblasen las piernas. No por el olor a sangre, sino por los impulsos que sentía. Inspiré hondo y una especie de sexto sentido se activó en mi cerebro. Tuve

la sensación de que debía buscar el lugar de donde huía en mi sueño, pero ya había investigado sobre él antes, cuando empezó a acecharme, y no obtuve ningún resultado. Pero ahora tenía una extraña certeza de que debía encontrarlo, que aquel lugar, que se repetía una y otra vez en mi mente, en una secuencia infinita, podía tener respuestas. Además, casi intuía dónde estaba, como si pudiese echar a andar sin rumbo y mis pasos me condujesen hasta allí. Deseché la idea, era imposible, ¿o no? Y no podemos olvidar a mis padres. ¿Cómo les podía explicar que había decidido ir en búsqueda de un lugar onírico? ¿O las manchas de sangre? Fue en aquel instante, al plantearme aquellas preguntas, cuando recordé lo que había hecho. Las piernas volvieron a fallarme y caí de rodillas en el charco rojizo. No me asqueó el hecho de embadurnarme de sangre, al contrario: sin querer, me llevé las manos a los labios y sonreí al saborearla. Cuando me percaté de este gesto, las aparté horrorizada. Una imagen se formó clara en mi mente: me vi a mí misma, rodeada de cadáveres, todos muy pálidos, todos sin sangre, ni una sola gota; mi rostro, en cambio, chorreando líquido rojo; mis ojos, negros completamente, como dos pozos sin fondo, dos abismos abiertos bajo un flequillo apelmazado; mis labios, hinchados y dejando ver dos colmillos afilados,

amenazantes. Dos colmillos asesinos, que se habían cobrado la vida de mis padres, y de no sé cuánta gente más. Más imágenes, todas ellas me mostraban cómo había segado vidas sin control la noche anterior: una mujer esperaba en la parada del autobús cuando me abalancé sin darle tiempo a gritar; un niño, que había salido a cazar luciérnagas, huía de una sombra acechante, pero tropezó con una raíz y puse punto final a su existencia. Así una gran lista, decenas de cuerpos inertes amontonados, con una expresión congelada en el rostro que delataba la incredulidad, sorpresa y miedo con los que habían recibido la muerte. Y llegó el momento en que me vi frente a mi casa, con mirada sedienta y toda teñida de rojo. Mi ventana estaba abierta. Me arranqué la ropa de un tirón y me limpié la sangre en la medida de lo posible. Salté y me cole en mi habitación. Vi la mancha que había encontrado en la ventana, la forma de mi mano plasmada en el cristal, de color carmesí. No me preocupé por el hecho de que estaba completamente desnuda, solo podía pensar que era una asesina, un monstruo. Los recuerdos que poco a poco volvían a mi mente me lo confirmaban. Una gota de sudor se deslizó por mi frente, el oxígeno se negaba a entrar en mis pulmones. Me pregunté si ahora necesitaría respirar. Claro, claro que lo necesitaba. No pasó ni un minuto

cuando sentí una presión en el pecho que me obligó a aspirar grandes bocanadas de aire, a forzar la entrada de oxígeno. Un mito menos sobre los vampiros: respiraban, y además el sol solo resultaba un poco molesto, aunque quizá fuese porque aún no llevaba transformada el tiempo suficiente. Pero había algo cierto: eran asesinos crueles y despiadados.

¿Cuánto tiempo llevaría saliendo por la noche a matar? Nunca me había encontrado restos de una carnicería, así que supuse que aquella había sido la primera vez.

Me vi frente a Raisa, que gruñía, ladraba; pero era un perro pequeño y no tardé ni un minuto en silenciarlo y arrojar un amasijo de pelo y sangre a un rincón. La sangre del animal me supo amarga, nada comparado con el sabor exquisito de la humana.

Pasé a la habitación de mis padres, que dormían tranquilamente, sin plantearse ni por un segundo lo que iba a ocurrir en los siguientes minutos. Entré, envuelta en sombras, sin hacer ruido, ni un solo crujido, casi diría que no respiraba, pero mi pecho se movía rítmicamente. Me deslicé sobre las puntas de los pies, como si bailase. Era una danza siniestra, que rezumaba peligro, que era letal. Me incliné sobre ellos, se giraron hacia mí y apenas

articularon mi nombre cuando, con una fuerza sobrenatural, les retorcí el cuello para evitar oír sus gritos. Después, absorbí poco a poco toda su sangre, hasta dejarlos absolutamente vacíos. Apenas cayeron un par de gotas sobre las sabanas, blancas completamente.

Volví a la realidad y comencé a temblar, me hice una bola, pero no lloré. Mis pulmones funcionaban a la perfección, pero mis glándulas lagrimales habían decidido ponerse en huelga. En su defecto, sentía un asombroso nudo en la garganta.

Y, ¿dónde estaban mis padres? O lo que quedaba de ellos, al menos. Traté de recordar, pero no era capaz: había lagunas, agujeros negros entre retazos de imágenes sangrientas. Como si una fuerza ajena a mí se apoderase de mi cuerpo, me dirigí al dormitorio de mis padres. Las sábanas estaban tiradas de cualquier forma por el suelo, con pequeñas manchas de sangre resecas. Me tumbé en la cama, con la vista fija en el techo, hasta que los bordes de mi vista comenzaron a oscurecerse y me sumí en un sueño profundo, de duración indeterminada. Podría haber dormido solo unos minutos, o quizá días: cuando me desperté, el sol seguía en la misma posición. La cabeza me había dejado de dar vueltas y podía pensar con una claridad inusual, que no debería sentir después de haber

perdido a mis padres, y además habiéndolos matado yo. Debería estar llorando, pero ya me era imposible; debería sumirme en una locura sin remedio, rota de dolor, pero puedo pensar mejor incluso que antes, cuando era humana. Me miré al espejo. Las manchas de sangre habían desaparecido, como si las hubiese absorbido por los poros de mi piel. Tenía sentido, desde luego. Explicaba cómo solo había dejado unas pocas manchas en mi casa tras la macabra carnicería de la noche anterior. “Tengo que comprobar si realmente ocurre eso”, me dije, pero decidí dejar esa cuestión para más tarde. Ahora había preguntas más importantes. ¿Qué haría ahora? “Desaparecer”, fue la respuesta que acudió a mi mente. Debía abandonar mi vida, dejar que alguien se percatase de mi ausencia, o de la de mis padres, y que al buscar encontrasen una casa vacía con alguna mancha de sangre discreta. Me convencí a mí misma mientras empaquetaba mis cosas. No estaba segura de qué debía llevarme, pues desconocía mis nuevas necesidades. Lo único que sabía con certeza que necesitaba eran respuestas. Quizá si encontrase alguien como yo… Sentí como si mil agujas se clavasen en mis sienes, me palpitaba la cabeza, otra vez. Se repitió la última escena del sueño: un chico abalanzándose sobre mí, mostrando unos brillantes y afilados colmillos. Me vi a

mí misma gritar y caer, chillar y llorar, convulsionar, justo como el resto de chicas habían hecho antes, hasta que me quedé completamente inmóvil. El chico se apartó y comprobé que, efectivamente, la sangre desaparecía poco a poco de su piel. Traté de mirar al resto de chicas, pero el escenario había cambiado ligeramente: ya no se repetía una y otra vez el mismo portal, ahora aparecía la calle en su estado habitual, y estábamos solos. El hico se agachaba junto a mí y comprobaba que no me quedase ni una gota de lo que era su alimento. Nada, no quedaba nada. Se incorporó, se giró y desapareció entre las sombras de un callejón. Apenas pasaron un par de minutos cuando abrí los ojos, acompañándome de una corriente de aire que hizo entrada en mis pulmones. Me vi levantarme tambaleándome, perdiendo el equilibrio en un par de ocasiones y cayendo y al final, consiguiendo ponerme en pie.

Volví a la realidad. Supuse que así había llegado a ser lo que soy, pero, ¿cuándo ocurrió eso? No lo recordaba. Había vivido ese sueño una y otra vez desde que cumplí 17 años. ¿Era un monstruo desde entonces? Si esto era así, ¿por qué no había matado antes? ¿Había un periodo de transición entre la transformación y la sed? Pero no recordaba haber estado en ese lugar, nunca más

allá de los sueños. Si mi teoría era correcta, debí pasar por allí el día de mi cumpleaños; sin embargo, el día de mi cumpleaños estuve… No lo recordaba. Repasé mis memorias: rostros, nombres, algunas fechas…, pero ni si quiera sabía que había hecho la tarde anterior. Estaba desesperada por recordar cuando la sensación de que debía volver al lugar del sueño volvió a acecharme. Me decidí a buscar, pues no tenía ningún lugar mejor donde ir.

Salí de nuevo a la calle y me acostumbré al picor que la luz solar causaba sobre mi piel y ojos. Busqué más rastros de sangre, aunque fuesen mínimos. Tenía la sensación de que mi último asesinato había sido en aquel lugar, y supuse que habría dejado un rastro. Inspiré hondo y mi instinto me llevo directa a un pequeño charco de sangre ya seca en un rincón. A pocos metros, pequeñas gotas se alineaban hacia una dirección que seguí. Poco a poco me di cuenta de que la sangre se mezclaba con un polvillo negro: ceniza. Más recuerdos acudían a mi mente: una gran hoguera; olor a carne y pelo quemado; mi silueta recortándose contra las llamas; una pila de cuerpos, entre los que identifiqué a mis padres, que se iba reduciendo a medida que los iba añadiendo al fuego… Eso era lo que había hecho con todas mis víctimas: quemarlas, no dejar

pruebas, esparcir sus cenizas. Me daba asco a mí misma, pero ya no podía hacer nada.

Continué con mi búsqueda de manchas de sangre (y ceniza). Cada vez que veía a alguien por la calle me ocultaba tras un coche o un árbol, o esperaba en un callejón hasta que mi camino volvía a estar desierto. No era un pueblo grande y la poca gente que vivía en él estaría trabajando o en el colegio. Era una suerte, pues si quería que diesen por hecho mi muerte, nadie debía verme.

El rastro a seguir salía del pueblo, siguiendo la carretera. Ahí me sería imposible ocultarme, así que me cubrí la cabeza, dejando solo visibles mis ojos, con una bufanda y proseguí caminando. No sé a ciencia cierta cuánto tiempo pasó o cuántos kilómetros anduve, pero comprobé que ya no tenía necesidades como dormir, comer o ir al baño; tampoco me cansaba, así que caminé sin descanso hasta llegar a una ciudad desierta. No parecía abandonada, estaba intacta, como si el tiempo hubiese dejado de pasar allí. Sabía que aquel era mi destino, aunque no hubiese ni rastro de sangre. Cuando empecé a vagabundear por las calles más periféricas, sentí como si atravesase una barrera. El aire parecía más pesado y me costaba respirar.

En mitad de una avenida encontré los restos de una gran hoguera. Aún ardían pequeñas brasas, el olor era nauseabundo y todo estaba teñido de negras cenizas entre las que adiviné un lugar conocido: aquel portal, aquella calle, aquel lugar donde todo había dado comienzo, estaba segura. Giré la cabeza, no quería ver los huesos calcinados, no quería ver mi obra. Un soplo de viento levantó las cenizas, como si fuese una tormenta de arena, y me rodearon. Me impidieron respirar y me cegaron. Me apoyé en una pared cercana, ya que las piernas apenas podían sostenerme y comenzaba a marearme. La vista se me desenfocó, caí al suelo y allí, tendida, recordé el final de la noche.

Las llamas arrancaban reflejos de mis ojos, que eran dos pozos negros. Y ya no estaba sola.

—Yo te hice esto, ¿sabes? Jugaste con la Muerte y perdiste. Ahora eres un monstruo, una hija de la noche, una…

No había acabado de hablar cuando su cabeza rodó a mis pies. Él fue quien me mordió, quien me mató sin quitarme del todo la vida. Arrojé su cabeza al fuego, que ardió con más fuerza, y corrí hasta mi casa, a una velocidad increíble, dejando que la hoguera se consumiese sola.

Cuando volví a la realidad, atisbé entre la nube de ceniza una figura femenina.

—¡Tú! –Gritó enfurecida, refiriéndose a mí– ¡Lo mataste, maldita niña descontrolada!

No me moví, no contesté. No sabía que decir, la boca me sabía a quemado, no podía articular palabra alguna. Se arrodilló junto a mí.

—Desaparece, niña tonta –susurró mientras me prendía fuego. El calor me recorrió todo el cuerpo. No grité: aunque dolía, me aliviaba no tener que cargar con la culpa.

Recibí la muerte con alegría, como a una vieja amiga a la que echaba de menos, porque ya la conocía. Lo había olvidado todo, todos mis recuerdos se habían modificado, porque por un tiempo estuve muerta. Ahora ya no despertaría.

El brillo de las llamas fue lo último que vi. Solo pensé “por fin”.

Podría haber sido inmortal, pero demasiadas muertes llevaban mi firma.

CATEGORÍA INFANTIL

Primer Premio: Jesús Sanjuán Martín

****

CATEGORÍA INFANTIL

PRIMER PREMIO
–EL VAMPIRO SIN ALAS–

Autor: Jesús Sanjuán Martín

Pseudónimo: Pepito Pérez

EL VAMPIRO SIN ALAS

Esto ocurrió hace unos 5 años vampíricos, nació un vampiro en Transilvania llamado Tengomuchased cuyos apellidos eran Debeber y Sangre, a los dos o tres meses y medio, ya celebrado, a Tengomuchased todavía no le habían crecido las alas. Sus padres estaban seguros de que a Tengomuchased iban a crecerle las alas como a todos los demás vampiritos, cosa que no tenía mucha importancia, pero tuvo mucha importancia cuando sus padres se dieron cuenta de que no le crecían las alas. Le llevaron al psiquiatra, a su médico del hospital, ¡incluso a urgencias de nivel alto!, pero la respuesta de todos fue: “Lo siento pero a su hijo nunca le crecerán las alas”, también preguntaron a los mejores especialistas del mundo vampírico pero todos les decían lo mismo.

Pasaron los años y Tengomuchased cumplió ocho años, pero seguía sin alas. Sus padres decidieron llevarle a Transilboniato, el pueblo vecino de Transilvania, ya que estaban en las vacaciones de verano y había sacado tan buenas notas. Megustacomerpollos, su madre había oído

decir a sus amigas Mecaseconunpollo, Sanpetesvenia y Estoesunabobada que Estoesunatraco, el marido de Mecaseconunpollo había ido con sus amigos a Transilboniato y que la típica comida eran los boniatos, y como a Tengomuchased le chiflaban los boniatos por eso le llevaron allí. Ya en Transilboniato Tengomuchased se dio cuenta de que estaba en el paraíso porque, además los boniatos ¡estaban rellenos de sangre!, es que a Tengomuchased sólo le chiflaban tres cosas en el mundo: jugar con la "play", la sangre (obviamente) y los boniatos. ¡Ah! Y no sé si me olvido mencionar que en Transilboniato había cinco salones recreativos, como había dicho para Tengomuchased era un PA-RA-I-SO completo.

Tengomuchased conoció a un niño llamado Chupomucho que era más o menos un año mayor, que él y rápidamente se hicieron amigos. Mas tarde Chupomucho le invitó a su casa. Hasta que llegaron a su casa Chupomucho no se dio cuenta de que Tengomuchased no tenía alas, ¿Por qué no tienes alas?- le preguntó-, no sé, nací así y nunca me crecieron, a Chupomucho no le importó y desde ese momento fueron los mejores amigos de Transilboniato.

Una noche de luna llena, cuando los lobos y los hombre-lobos aullaban Tengomuchased y Chupomucho

estaban jugando con los murciélagos hasta que dos vampiros 5 años mayores que ellos empezaron a burlarse de Tengomuchased porque no tenía alas, Chupomucho que era un vampirito muy desarrollado para su edad, al ver que se metían con su amigo desplegó sus alas y sin pensarlo ni un momento se abalanzó sobre ellos, éstos, sorprendidos por esta reacción retrocedieron y sin darse cuenta cayeron en un estanque que tenían justo detrás y se empaparon las alas. Así que Chupomucho les dijo: "Ahora vosotros tampoco podéis volar". Desde ese día Tengomuchased y Chupomucho se comportaban como hermanos.

Pasado el tiempo, cuando Tengomuchased ya era un vampiro hecho y derecho con 380 años de edad se convirtió en un empresario de éxito (a pesar de su problemilla en las alas); además el trabajo era en Transilboniato su paraíso de la infancia.

Un día se encontró a su antiguo amigo de la infancia Chupomucho y se pusieron a charlar. Lo primero que comentó Chupomucho fue que era muy pobre, que vivía en una vieja casona y que el banco (que era muy avaro) le iba a echar de su casa porque no podía pagar el alquiler, puesto que había perdido su trabajo y le estaba costando mucho encontrar otro, ya que, como no pudo acabar sus

estudios por escasez de dinero no le aceptaban en ningún trabajo.

Tengomuchased le dijo que no se preocupase, que él le contrataría en su empresa y que le adelantaría dinero para que pagase sus deudas.

Pasaron los días y Chupomucho le presentó un día a su prima que se llamaba Vampirita, Tengomuchased enseguida se enamoró locamente de ella puesto que era muy hermosa y muy simpática, se casaron y fueron muy felices, fue algo raro puesto que Vampirita… ¡Tampoco tenía alas!.

Con el tiempo Chupomucho gracias al trabajo que le ofreció su amigo pudo pagar todas sus deudas y consiguió acabar sus estudios de Literatura Vampírica y obtuvo un trabajo de profesor de Lengua Vampírica ya que desde pequeño tuvo un don para la literatura. Y enseño a sus pequeños y rebeldes alumnos vampiritos que aunque no se tenga alas se puede volar muy lejos.

Tengomuchased y Vampirita tuvieron un hijo y lo llamaron Megustavolar…, que no tenía alas.

Julio 2015